



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Psicología
División de Estudios Profesionales

La importancia de la enseñanza psicoanalítica en la Facultad de Psicología de
la UNAM.

TESIS
Que para obtener el título de
Licenciada en Psicología

Presenta
Ximena Yáñez de la Mora

Director: Mtro. Juan Carlos Muñoz Bojalil
Revisora: Lic. Blanca Estela Reguero Reza

Sinodales: Dra. Ana Celia Chapa Romero
Lic. Damariz García Carranza
Dra. Martha López Reyes



Ciudad Universitaria, Ciudad de México, octubre 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Resumen.....	i
Introducción	ii
1. Capítulo1: Surgimiento del psicoanálisis	1
1.1 Psicoanálisis y la psicología positivista	14
1.2 La concepción del psicoanálisis en Estados Unidos	18
2. Capítulo 2: Desarrollo del psicoanálisis	23
2.1 Institucionalización del psicoanálisis	322
2.2 Psicoanálisis infantil.....	411
3. Capítulo 3: Psicoanálisis en México	455
3.1 Psicoanálisis en la UNAM	544
3.2 Lacan en México	60
3.3 Otros círculos psicoanalíticos.....	61
4. Propuesta	655
5. Conclusión	71
Referencias bibliográficas	777

Resumen

El psicoanálisis, que tiene como fundamento teórico al inconsciente, es considerado como el sistema más antiguo y controversial dentro de la psicología. Al trabajar con el inconsciente a través de asociaciones libres e interpretaciones, busca la cura a través de la palabra y su escucha.

No obstante, al enfrentarse con el cientificismo, siempre se vio descalificado por aquellos que no lo consideraban una ciencia, y tanto en esa época (finales del siglo XIX, principios del siglo XX) como hoy en día, el discurso de la ciencia ha prevalecido como un saber que de manera imaginaria pareciera que puede explicar cualquier fenómeno psíquico, biológico o social.

Sin embargo, se sabe que lo inconsciente no es una estructura fisiológica ni anatómica que se pueda ver y cuantificar y probablemente al no ser tangible, nos cause cierta angustia. Es más bien, una producción, así como lo es el sujeto del inconsciente.

La psicología trabaja con la subjetividad del ser humano, que es, por principio de cuentas, lo que nos hace diferentes entre nosotros y de otros animales. Y el inconsciente es donde, considero, residen la mayoría de los problemas, deseos, satisfacciones de los seres humanos. Dicho esto, es muy importante considerar al psicoanálisis como parte de una materia académica y por lo tanto incluirla en el Plan de Estudios de la Facultad de Psicología de la UNAM.

Introducción

A continuación se desarrolla un trabajo cuyo contenido versa sobre una inquietud del saber del psicoanálisis en la Facultad de Psicología de la UNAM, pues al carecer de dicho conocimiento como materia y al ser un parteaguas dentro de la historia de la psicología, me pareció enriquecedor realizar una propuesta de un saber que sirva para dar cuenta de lo humano, y que sea parte de nuestra formación académica; esto con el fin de que los alumnos tengan más opciones al elegir su campo de conocimiento dentro de la clínica. Asimismo, se pretende que aprendan y tengan herramientas para trabajar con pacientes desde este enfoque.

Para llevar a cabo esta tesis, se realizó una revisión bibliográfica, la cual inicia en el capítulo uno con la parte histórica del psicoanálisis, partiendo de su fundador, el Dr. Sigmund Freud y su encuentro con la psicología científica, cuyo método experimental intentaba demostrar la veracidad de los procesos psíquicos, lo cual era la principal crítica hacia el psicoanálisis, pues los desarrollos de la ciencia positiva conciben al hombre como un organismo, y al otro como un medio natural, lo cual implica que no hay sujeto, tampoco hay historia, mucho menos aún un acto responsable del sujeto, donde estaría incluido el inconsciente.

En el segundo capítulo el lector podrá adentrarse en el desarrollo del psicoanálisis a partir de sus diversas instituciones y las distintas interpretaciones que le dieron algunos personajes que hoy podríamos considerar parte de la historia del psicoanálisis, como Adler y Jung. Así como Melanie Klein, precursora del psicoanálisis infantil. Dentro de éste mismo capítulo se resalta la importancia de los distintos psicoanálisis que se van creando a lo largo de la historia y a partir de contextos tan diferentes en otros países; tomando siempre en cuenta que el

psicoanálisis se fue desarrollando en una época donde el auge de la ciencia predominaba como un saber de lo objetivo sobre lo subjetivo.

El capítulo tres se concentra en la explicación de lo que sucedió con el psicoanálisis en un México que también estuvo sujeto al positivismo que se estaba viviendo en otras partes del mundo. Por otro lado se describe la forma en como los intereses sociales y políticos permearon nuevos descubrimientos y saberes, entre ellos, el del psicoanálisis. Asimismo es en ésta época cuando Erich Fromm llega a México a dar sus conferencias y se convierte en una figura del psicoanálisis bastante influyente. Éste capítulo termina con una breve explicación de lo que sucedió con el psicoanálisis lacaniano, un saber tan complejo que hasta el día de hoy permanece al margen del análisis terapéutico y un esbozo de lo que trajo el libro “Psicología: ideología y ciencia” a las instituciones académicas.

Posteriormente se encuentra la propuesta curricular de la enseñanza del psicoanálisis en la Facultad de Psicología de la UNAM dentro de los últimos semestres de la carrera, es decir como materia optativa en el campo del conocimiento clínico. Por lo tanto, se busca que el alumno conozca el saber del psicoanálisis y, si así lo desea, trabajar con pacientes desde este enfoque teórico. De ser así, tendríamos un currículum académico más diverso en la Facultad de Psicología de la UNAM.

Para finalizar se encuentra la parte argumentativa de mi propuesta que busca sustentar la importancia del psicoanálisis no sólo como parte de un currículum académico sino como parte de una cultura en la que podamos cuestionarnos y hacernos responsables de la libertad que como individuos tenemos a partir de nuestra palabra y el propio deseo, el cual da cuenta de la singularidad (entendido como aquello que no es susceptible de ser comparado para explicarlo).

Y cierto, a manera de conclusión con una invitación a pensar el lugar del psicoanálisis como el síntoma de lo que sucede en una cultura en donde la inmediatez es un aspecto que se vive para no preguntarse sobre uno mismo y el otro. En donde cada vez hay menos espacio para un acto de singularidad y por lo tanto de creatividad.

1. Capítulo1: Surgimiento del psicoanálisis

El inconsciente -como la base sobre la cual se erige la teoría psicoanalítica- tiene sus primeros indicios en la época del Romanticismo, que surge a partir de la idea de la imaginación. Pues para los románticos, en ella residían las imágenes e impulsos creativos. “Los románticos veían la imaginación como algo trascendental e impersonal, comparándola con el océano o el cielo, consideraban que era todo lo que fuese no-yo” (Zaretsky, 2012, p.38).

La influencia romántica entró en la psiquiatría mediante el descubrimiento del magnetismo y lo mismo sucedió con la frenología y su impacto en una psicología biológica. Por lo tanto, la atención estaba enfocada en la disección del cerebro y el sistema nervioso.

Con las primeras investigaciones sobre los procesos atencionales –rama que nacía de la fisiología- se describía al inconsciente como aquella instancia psíquica que no percibía las ideas u objetos y que operaba de forma pasiva frente a los procesos que llevaba a cabo la parte consciente de la mente. Es decir, en la psicología científica que se estudiaba en esa época (finales del siglo XIX e inicios del siglo XX) el inconsciente pasó a entenderse como una forma de pensamiento subyacente a todas las acciones.

A principios del siglo XX, en Francia, el psicoanálisis tiene sus orígenes a partir del saber médico y biológico que se genera en esa época. Cuestiones como la anatomía, fisiología, localizaciones cerebrales, dan paso para el campo de la clínica, cuyas primeras elucidaciones se ven reflejadas en aquellas disciplinas que trataban con la salud mental, entre ellas, el psicoanálisis.

Roudinesco (1988) menciona:

En 1885 Charcot puede afirmar dos verdades aparentemente contradictorias: una “pasteuriana” según la cual la histeria es una enfermedad nerviosa “transmisible” por vía hereditaria, otra “neurológica”, para la cual la histeria no es una simulación, sino una enfermedad nerviosa por entero, autónoma, funcional y sin huellas lesivas. (p.22)

Charcot comienza a explorar un espacio para la subjetividad, vista desde un aspecto clínico, en el cual observa que la enfermedad nerviosa es intangible desde un punto de vista anatómico, pero que tiene otros síntomas: los de la histérica.

“Charcot nace en 1825; hacia sus veinte años decide entrar a estudiar medicina. En 1862 se convierte en médico del hospicio de la Salpetriere y en 1872 adquiere una reputación importante” (Roudinesco, 1988, p.30). Charcot hace una clínica teatral: expone a sus enfermos como verdaderos números escénicos frente a sus alumnos. “En 1882 toma interés por la histeria y la hipnosis y le da nuevo contenido al concepto de neurosis, a consecuencia de lo cual surge la primera polémica sobre la cuestión de la etiología de las enfermedades “nerviosas” (Roudinesco, 1988, p.30).

Para Charcot la histeria era una enfermedad cuyas manifestaciones corporales eran excesivas e intensas y mantenía una estrecha relación con algún trauma sexual. Sin embargo no hallaba alteraciones anatómicas perceptibles.

Tras sus estudios en el laboratorio de fisiología de Brucke, Freud entra en 1882 en el servicio del profesor de medicina general Nothnagel, iniciador en Viena de la electrofisiología. Permanece luego como residente en el servicio

psiquiátrico de Meynert, considerado en su tiempo como el mayor anatomista del cerebro. Convertido en psiquiatra después de haber sido neurólogo, este intenta dar una explicación anatómo-fisiológica de todas las perturbaciones mentales. Freud está fascinado por su enseñanza, pero atraído ya por el nombre de Charcot y por un método anatómo-clínico, más ágil que el de la fisiología, decide obtener el grado de *Dozent* antes de ir a proseguir sus estudios a París. Se lleva en la maleta la historia de Berta Pappenheim, más conocida por Anna O. (Roudinesco, 1988, p.25)

La formación de Freud era completamente neurológica y realmente nunca abandonó este campo. Sin embargo, es en estos momentos cuando comienza a considerar la posibilidad de algo más allá de cuestiones anatómicas y fisiológicas.

De 1880 a 1882, el médico vienés Breuer se ocupa de Anna O. A sus veintiún años presenta síntomas histéricos. “Tiene parálisis de tres miembros, perturbaciones de la vista y el lenguaje, una tos nerviosa que no para; es además anoréxica y se observan en ella dos estados distintos: unas veces tranquila y ordenada, otras, se comporta como una niña insoportable” (Roudinesco, 1988, p.25). Una auténtica histérica, quien, a través de sus síntomas, expresaba y comunicaba por medio de la somatización, aquello que no ponía en palabras.

Breuer la visita durante estos períodos y ella se acostumbra a contarle sus alucinaciones, sus angustias, los diferentes incidentes que perturban su existencia; “un día, después de haber relatado ciertos síntomas, los hace desaparecer por sí misma y da nombres a sus descubrimientos: llama “cura por la palabra” o “limpieza de chimenea” a los procesos que la conducen a la curación” (Roudinesco, 1988, p. 25). Y entonces, se hablaba de un método

catártico, en el cual la misma paciente se “liberaba” de sus síntomas cuando esta lograba poner en palabras todo aquello relacionado con sus manifestaciones somáticas.

Roudinesco (1988) describe:

Joseph Breuer nace en 1842, tiene catorce años más que Freud y realiza, como este, la mayor parte de sus estudios de medicina con Brucke: sus investigaciones en el campo de la fisiología proporcionarán una de las bases conceptuales de la teoría freudiana de la histeria. (p. 25)

Freud gana una beca a París y llega a la capital en octubre de 1885. Su tema escogido era la anatomía del sistema nervioso. Tiene 29 años de edad. Llega a Francia para descubrir los cimientos de una teoría de la cual posteriormente sería reconocido como el precursor de ella.

Gay (2010) señala:

Al llegar a París, en el Hospital de la Salpetriere, Freud dedicó unas 6 semanas al estudio microscópico de cerebros de niños en el laboratorio de este hospital; realizó algunas publicaciones de parálisis y afasias en niños, por lo cual demostraba interés, sin embargo este fue decreciendo gradualmente. Mientras tanto la influencia de Charcot empezaba a alejar a Freud de la anatomía para acercarlo al campo de la psicología. (p.74)

Posteriormente al abandonar esa ciudad, su pensamiento estaba colocado en los problemas de la histeria y del hipnotismo.

La historia de Anna O. se ha convertido en leyenda y funciona hoy como uno de los mitos fundadores de la historia del psicoanálisis. “Si Freud descubre el inconsciente, Bertha Pappenheim “inventa” la cura”. Su verdadero nombre ha sido revelado por Jones, que la convierte en heroína de ficción” (Roudinesco, 1988, p.25). Según Jones, apoyándose en comentarios de Freud enunciados posteriormente, fabrica la historia de la contratransferencia de Breuer. De acuerdo con él, en efecto, el caso de Anna O. absorbe de tal manera al médico, que su mujer siente grandes celos. “Después del tratamiento Anna se vuelve morfinómana y conserva parte de sus síntomas más manifiestos. Esto no le impide a Breuer presentar, junto con Freud, este caso inicial como modelo de curación por cura catártica” (Roudinesco, 1988, p.26).

En “Publicaciones prepsicoanalíticas” Freud habla del cuadro clínico de la histeria, es decir, expone la forma en como esta operaba a partir de la observación de las diversas manifestaciones corporales. Asimismo describe los distintos tipos de neurosis que una persona podía tener y la etiología que la integraba centrándose en el trauma casi siempre sexual como causa de la enfermedad. El tratamiento terapéutico hipnótico (tema que también desarrolla en el mismo libro) lo describe como uno de los procesos que funcionaban como cura; no obstante antes de la hipnosis, Freud también hablaba de masajes, faradización e hidroterapia como parte del tratamiento del paciente.

La hipnosis se realizaba a partir de dos procesos: primero, se inducía al estado hipnótico y después se impartía una sugestión al hipnotizado. Es decir, el hipnotizado alucina todo lo que el hipnotizador le puede llegar a decir.

No obstante en su libro de “Estudios sobre la histeria”, llega a la conclusión, donde menciona que en la sugestión está todo, siendo así no existe el hipnotismo. Cabe mencionar que a Freud no le era fácil hipnotizar, por lo tanto decide que lo mejor era llevar a sus pacientes a un estado de concentración a través de la técnica de la “presión sobre la frente”. Por lo tanto, se puede hablar de una transferencia en la que el paciente le confiere todo un saber de sí mismo al analista, este último se convierte en un “sujeto-supuesto-saber”, quien, a través de sus señalizaciones, le permite al analizado un trabajo riguroso de su propio inconsciente.

La separación entre Freud y Breuer ocurre por temas como el sexo y la relación transferencial. De la misma forma hay una ruptura entre Charcot y Freud a causa de lo sexual en la etiología de la histeria, ya que este último pensaba que la sexualidad desempeñaba un papel importante en la patogénesis de la histeria como fuente de traumas psíquicos y como motivo de defensa, de la represión de representaciones fuera de la consciencia.

A partir del marco de la neurología, Freud le da un lugar específico a la histeria, creando un nuevo concepto de neurosis en el que se origina el descubrimiento del inconsciente.

En este sentido la introducción del psicoanálisis en Francia comienza en 1885, con el encuentro entre Freud y Charcot, que hace patente la idea de que la histérica inventa síntomas y conduce al sabio por el camino de su comprensión. Con este acontecimiento, el enfermo fabrica, muestra, expresa y el médico descubre. (Roudinesco, 1988, p.33)

Freud posee desde 1880, a partir del caso de Anna O., una experiencia de la escucha con la que no sabe qué hacer y va a París para ver a Charcot reinar en medio de las histéricas; este

último no se interesa por la historia de Anna, pero crea y suprime síntomas a partir del hipnotismo (palabra sugestiva).

Roudinesco (1988) menciona:

Charcot prefiere una concepción experimental de la clínica y gracias a sus observaciones, Freud puede concebir la posibilidad de un pensamiento desvinculado de la conciencia: este produce efectos sintomáticos sin que los individuos lo sepan, ya que la histérica está poseída por sus síntomas. (p.33)

De vuelta a Viena, Freud se separa progresivamente del método de Charcot, es decir, de una clínica teatral, para poder dar paso a una práctica nueva fundada en la importancia de la escucha y del relato.

Al término de esta doble inversión, en que la histérica ocupa un lugar central, la noción de inconsciente emerge y nace el psicoanálisis: el médico renuncia a ver y a tocar, alejándose así de los dos términos que sellan la existencia de la clínica del siglo XIX: al mismo tiempo la palabra cambia de campo: el sabio se calla y guarda para sí sus comentarios; se retira al silencio, dejando al enfermo que se cure a sí mismo. (Roudinesco, 1988, p.33)

A partir de su experiencia en París con Charcot, Freud comienza a plasmar y tomar nota de todo aquello que para él empezaba a ser un nuevo descubrimiento. “Freud utilizó el término “psicoanálisis” por primera vez en 1896, en francés y después en alemán” (Gay, 2010, p.133).

Charcot disocia la histeria y la sexualidad, pero de alguna forma introduce temas de la genitalidad. Freud inicia la ruptura con él cuando plantea un espacio privado para el enfermo, es decir un espacio psíquico para sus pacientes, cuyos elementos son el diván y el sillón y que contrasta con la dimensión de un hospital.

En 1889 otra mujer contribuye a la invención del psicoanálisis. Emmy Von N. permite que Freud abandone la sugestión; le indica el lugar que tiene que ocupar en la cura: “No se mueva ¡No diga nada! ¡No me toque!”. A partir de entonces, el ejercicio del terapeuta se puede desligar del saber del enfermo y la escucha se convierte en instrumento de una nueva clínica de la neurosis.

El psicoanálisis no puede recurrir más que a su método; no debe ni aconsejar a su paciente, ni dirigir su pensamiento.

Roudinesco (1988) señala:

Cuando Freud publica en Viena el artículo necrológico de Charcot, se demuestra por primera vez, en la historia de la clínica de las enfermedades nerviosas, la independencia de la histeria respecto de la anatomía del sistema nervioso. Después de haber demostrado que puede existir una alteración funcional sin lesión orgánica, comienza a desplazar el estudio de la histeria al campo de la psicología. (p.62)

Entonces, lo que sucedía en una parálisis histérica –por ejemplo, de un brazo- era que la paciente no podía concebir a este como parte de su cuerpo. Es decir, la idea del brazo como parte de ella, estaba excluida. “El brazo estará paralizado en proporción a la persistencia de

este valor afectivo o de su disminución por medio psíquicos apropiados” (Roudinesco, 1988, p 63). Pues los síntomas histéricos desaparecían cuando se conseguía despertar el recuerdo del proceso ocasionador con su afecto acompañante.

En una época en donde los conocimientos se volcaban sobre investigaciones científicas, los descubrimientos de Freud se consideraban una farsa para los neurólogos. No obstante, Freud encontró ayuda con Fliess, amigo berlinés y otorrinolaringólogo, con quien mantenía una relación a distancia pero cuya correspondencia de cartas dejaba entrever la relación tan cercana que tenían. Pues ambos se encontraban en una situación similar en cuanto a los hallazgos de sus investigaciones: observaron ciertas relaciones entre lo psíquico y lo somático.

Y es gracias a la influencia de Fliess que Freud llega a vincular la neurosis con la sexualidad infantil. Pues el inconsciente era el espacio donde se guardaban o representaban una serie de acontecimientos que determinaban el comportamiento de manera significativa, y cuyo contenido estaba relacionado con experiencias tempranas. “Las cartas de Freud a Fliess entre 1896 y 1898 muestran la evolución de su concepción de cómo funciona en general el inconsciente” (Zaretsky, 2012, p.59).

En estas cartas hablaba sobre la forma en como operaba la memoria y los recuerdos del individuo. Es decir, describía el proceso a través del cual el inconsciente incidía sobre la conciencia y la manera en que la represión actuaba sobre aquellas fantasías, vivencias, representaciones que para el individuo podrían resultar intolerables.

Durante más de tres décadas, Freud continuó corrigiendo y redefiniendo la técnica psicoanalítica “revisando sus teorías de las pulsiones, de la angustia, y de la sexualidad femenina. Pero en la época que publicó *La interpretación de los sueños* a fines de 1899 los principios del psicoanálisis ya tenían un lugar” (Gay, 2010, p.134).

En *La interpretación de los sueños*, (Freud, 1976) trata de demostrar la forma en la que operan los sueños resaltando los mecanismos de desfiguración onírica que impiden ver el contenido latente. Asimismo trabaja la significación de un sueño a partir de diversos factores como estímulos internos, externos y vivencias personales, sino que hace un autoanálisis de sus propios sueños y toda una interpretación de los de sus pacientes para llegar a la conclusión de que el sueño es un síntoma y por lo tanto cumplimiento de deseo.

Sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, publicados en 1905, fueron el segundo texto fundamental que explicaba esos principios, pero el libro de los sueños fue el primero y Freud lo consideraba una clave dentro de su obra, pues él mismo lo describe como el camino real hacia el conocimiento de lo inconsciente en la vida mental.(Gay, 2010, p.134)

Freud fue descubriendo diversos métodos a lo largo de su práctica clínica hasta llegar a la asociación libre. En un inicio la hipnosis (con Charcot), fue el primer camino que conoció para acceder al inconsciente. No obstante, aparte de que Freud no era hábil con esta técnica y algunos de sus pacientes se resistían a ella, se dio cuenta que muchas veces, bajo la hipnosis, sus pacientes lograban eliminar sus síntomas pero estos retornaban en la vigilia.

Asimismo decidió que el mecanismo de la sugestión podía funcionar con algunas de sus histéricas; y entonces aplicaba la técnica de presión de la frente, al mismo tiempo que él guiaba sus pensamientos (Freud, 1976).

El método llamado “catártico” o de purga pretendía descargar los efectos patógenos y que pudiera volver a vivir los acontecimientos traumáticos con lo que los afectos estaban vinculados. Finalmente se abandonó la sugestión y la catarsis para abrir camino a la asociación libre.

Sin embargo prácticamente todos los neurólogos y psiquiatras trabajaban basándose en el supuesto de que el efecto del cuerpo sobre la mente era mucho más significativo que el de la mente sobre el cuerpo.

Gay (2010) refiere:

Las brillantes investigaciones realizadas en el siglo XIX con la anatomía del cerebro (que contribuyeron en gran medida a trazar el mapa de los complicados mecanismos de la visión, la audición, el lenguaje y la memoria) no hicieron más que brindar apoyo a esa concepción neurológica de los procesos psicológicos.
(p.153)

No obstante, la idea freudiana logró hacer una escisión con la psiquiatría de la Ilustración, la cual basaba sus métodos en la concepción de que el individuo podía curarse por su propia voluntad y razonamiento. Asimismo se separó de procedimientos como la hipnosis y la meditación. En cambio, el psicoanálisis proponía ver al individuo como una suma de

circunstancias, deseos, singularidades, cuya totalidad no podía ser vista solamente desde el raciocinio o el inconsciente aislado.

La teoría de Freud se inserta en un contexto social marcado por una fuerte represión sexual. Por lo tanto se daba a la tarea de estudiar al sujeto no solamente como una psique aislada, sino que incluyó los efectos de la cultura en los síntomas de sus pacientes. De la misma forma, desafió la concepción de las suposiciones sexuales que tenían los pensadores de la Ilustración (pasivo/femenino, activo/masculino) y la individualidad en la vida sexual.

 Pero mientras que los otros autores sostenían que la civilización moderna era responsable del nerviosismo por sus prisas, sus bullicios, sus comunicaciones rápidas y la sobrecarga de la maquinaria mental, Freud la culpaba más bien por su excesiva restricción de la conducta sexual. (Gay, 2010, p.155)

Los psiquiatras, neurólogos y personas encargadas de la salud mental habían dejado totalmente de lado la sexualidad y el inconsciente (ambas cruciales dentro de la teoría freudiana). De la misma forma decidieron enfocarse solamente en cuestiones hereditarias que en la infancia, la cual, Freud consideraba sumamente importante, pues era ahí en donde surgían los conflictos sexuales.

Para Freud, la represión era una pieza clave para entender la neurosis. Pues lo que se genera en el inconsciente es –de alguna forma- excluido, y la represión es el mecanismo por excelencia utilizado para intentar dejar en el inconsciente aquello que no podemos elaborar. Freud tenía la impresión de que el supuesto de lo inconsciente tropieza con resistencias

esencialmente afectivas, fundadas en que nadie quiere tomar conocimiento de su inconsciente, siendo lo más cómodo desconocer por completo su posibilidad (Freud, 1905)

Gay (2010) menciona:

De modo que, para Freud, una neurosis no es una enfermedad remota y exótica, sino una consecuencia totalmente común del desarrollo incompleto; es decir, de conflictos infantiles no controlados. La neurosis es una condición en la que el enfermo regresa a sus más antiguos conflictos; en pocas palabras, está tratando de poner fin a un asunto inconcluso. Con esta fórmula, Freud alcanza el más delicado de los temas: la sexualidad infantil. (p.179)

Por lo tanto, hacer consciente lo inconsciente era y sigue siendo algo difícil. “El deseo de recordar se enfrenta al deseo de olvidar” (Gay, 2010, p. 160). No obstante, pareciera que el inconsciente se abre caminos a través de los síntomas; es decir, no es que sea totalmente ajeno, sino que la estructura psíquica opera con un dinamismo, de tal manera que siempre hay algo que escapa hacia cuestiones somáticas, lapsus, sueños, chistes, conducta observable, etc.

Asimismo Freud lo describe como el “pensamiento de proceso primario”, pues tenía su origen en la infancia y era el lugar de la mente en donde residían aspectos relacionados con los propios deseos y fantasías del individuo.

No es que Freud haya descubierto la sexualidad y el inconsciente, sino que describió la forma en que estas operaban en la neurosis y logró brindarles un lugar para entender el funcionamiento mental del ser humano. Y más importantes son sus aportaciones si tenemos

en cuenta que en el mundo científico predominaban las definiciones de los síntomas para encuadrarlos en síndromes diagnósticos, y en donde el interés se quedaba en lo clasificable y meramente descriptivo como lo es el libro DSM y sus respectivas variantes.

En los últimos años del siglo XIX, entre los conocimientos y escuelas de una psicología vista a través de una óptica médica, nace una teoría que apuesta por una subjetividad que se va construyendo no sólo por influencias sociales, sino producto también de un dinamismo psíquico cuya parte inconsciente predominaba sobre lo consciente.

1.1 Psicoanálisis y la psicología positivista

Cada vez más, la mente estaba reducida a un mecanismo que funcionaba y se veía afectada por cuestiones meramente físicas, químicas y cuantificables. “Con un descubrimiento tras otro, parecía absolutamente segura la posibilidad de llegar a encontrar un sustrato fisiológico para todos los hechos mentales. La neurología era la reina” (Gay, 2010, p. 153).

Aunque las psicologías del siglo XIX concebían que de alguna forma había cierta actividad psíquica marginal a la conciencia, no demostraron interés por lo inconsciente. Por lo cual no alcanzaban a explicar cuestiones como: los lapsus, la significación de los sueños, las fobias, las alucinaciones, perversiones sexuales etc. “A falta de explicación, se dio entrada en las ciencias a una respuesta anticientífica: la casualidad” (Mandolini, 1969, p.7).

Después de su viaje a París y de regreso a Viena, el escepticismo médico, frente a las conferencias de histeria que impartía, hizo que se viera obligado a estar en contra del

paradigma médico. Incluso puso énfasis en que recetar medicamentos en una histeria aguda, era un grave error médico.

En 1909, cuando está viviendo en Viena, León Trotski frecuenta las reuniones de algunos psicoanalistas y lee las obras de Freud.

Roudinesco (1988) refiere:

En 1923 Trotski le escribe a Iván Pavlov para explicarle que el psicoanálisis puede ser englobado en una psicología materialista, como un caso particular de la doctrina de los reflejos condicionados. Y considera que la experimentación pavloviana es superior a la conjetura freudiana, que juzga demasiado fantástica. (p.49)

Fantástica y casi mágica si se le comparaba con otras ciencias cuyo método buscaba lo objetivo y tangible como consecuencia de los procesos mentales.

Freud no pretendió construir una psicología experimental del inconsciente y tampoco intento verificar sus ideas experimentalmente. La abundancia de las observaciones fiables eran sus casos clínicos. Siempre consideró que el psicoanálisis era una ciencia y que los éxitos terapéuticos eran la marca distintiva de la verdad científica; por lo tanto pensaba que las conversaciones con sus pacientes podrían tomarse como datos científicos, y la sesión analítica como un método válido de investigación.

De manera general, la posición de Trotski da cuenta de la situación en la que se encuentra el psicoanálisis en la Unión Soviética en esa época. Comienza a crearse una crítica al

psicoanálisis visto a través de una teoría completamente incompatible con este como lo era el conductismo.

Las obras de Iván Petrovitch Pavlov son contemporáneas a las de Freud. “En 1904 Pavlov gana el premio Nobel por sus trabajos sobre la actividad digestiva” (Roudinesco, 1988, p.50). Sus trabajos dan cuenta del proceso de la secreción condicionada por estímulos externos, relacionado estrechamente con los procesos mentales del animal. “Es pues, la fisiología lo que empuja a Pavlov, pese a su antipsicologismo, a sentar las bases de una nueva psicología fundada en el estudio de los reflejos condicionados” (Roudinesco, 1988, p. 50).

Por ser ante todo un fisiólogo y un observador de animales, Pavlov no es el fundador de una nueva psicología; “pero su doctrina, que se aplica a la fisiología humana, encierra una representación psicologista del comportamiento humano que excluye la noción de inconsciente y la diluye en un sistema neurofisiológico”. (Roudinesco, 1988, p.50).

Para Trotski la sexualidad dentro de la teoría freudiana se debía descartar: para él no se incluye en la experimentación pavloviana ya que no depende de un condicionamiento, sino de una organización, independiente de lo fisiológico, en la que el sexo está separado de la parte anatómica.

Entonces, se puede decir que, el pavlovismo constituía en Rusia el conocimiento principal sobre el que se implanta el psicoanálisis.

Roudinesco (1988) describe:

En todos los países, la resistencia al freudismo pasa primero por un rechazo a la teoría de la sexualidad. En la Unión Soviética no se ataca el pansexualismo, pero se le reprocha al psicoanálisis sostener, en contra de un posible condicionamiento, la idea pesimista de una naturaleza humana instintiva de la que la teoría de la libido sería el reflejo. Frente a los ideales del comunismo, la noción de sexualidad parece peligrosa porque se la considera “asocial”, es decir portadora de un orden anárquico que amenazaría con arrastrar a las masas al libertinaje y les impediría volcarse a la felicidad colectiva. (p.55)

Entonces pareciera que la sexualidad se inserta como una cuestión revolucionaria, en la que las normas sociales establecidas se veían amenazadas frente a un descubrimiento que cuestionaba e incitaba a preguntarse y a posicionarse como individuo singular, con posibilidades de diferenciarse de diversas instituciones como la familia, la sociedad, la autoridad. El psicoanálisis nació en un contexto social de renuncia y rechazo a la estructura que imperaba dentro de lo colectivo.

Las discusiones de esta época se resumen a la resistencia de la concepción del inconsciente y dentro de este debate el pavlovismo condena de pesimista a la teoría freudiana.

En la Unión Soviética se crean dos grupos principales: en el primero se encontraban los freudo-marxistas, quienes creían que la teoría psicoanalítica podía adaptarse al pavlovismo, pero sólo si dejaba de lado la teoría sexual, la cual consideraban muy irracional y la pulsión de muerte, la cual pensaban muy pesimista. Y por el otro lado, los auténticos antifreudianos

quienes se oponen a los freudo-marxistas y sostenían que había una incompatibilidad absoluta entre el marxismo y el psicoanálisis.

Desde un principio el debate sobre el inconsciente fue falseado porque era evaluado mediante dos parámetros ajenos a la teoría y a la práctica freudiana: el marxismo por un lado y la biología por el otro.

Mientras Freud estudiaba en Viena, el conocimiento positivista imperaba como única forma de validar los descubrimientos de esa época. Freud, permeado por esta ideología, defendía que el psicoanálisis era una ciencia, pues en la medida en que su método investigaba y era objetivo, podría llamarse a sí mismo un “científico”. Asimismo consideraba a la histeria como un cuadro clínico por vía empírica y surgida de la observación.

Sin embargo, después de la teoría freudiana, a pesar de que muchas corrientes psicológicas no compartían sus ideas, se puede decir con seguridad que la influencia de sus principales concepciones, se reflejan cada vez con mayor fuerza en los escritos de psicólogos y psiquiatras importantes.

1.2 La concepción del psicoanálisis en Estados Unidos

Los que más guardaban un escepticismo hacia el psicoanálisis europeo eran los norteamericanos. La Sociedad Psicoanalítica de Nueva York que A.A.Brill había fundado en febrero de 1911, estaba constituida en su mayoría por médicos, pues creían de suma importancia haber tenido una trayectoria en medicina para el análisis de pacientes, lo cual también estaba relacionado con el lugar desde donde estaban abordando el psicoanálisis, ya que existía una concepción de la medicalización de la terapia y de la misma forma había

muchas resistencias al tema de la sexualidad. Es decir, se hacía un psicoanálisis muy distinto al que se estaba creando en Europa.

Asimismo, bajo el nombre de "psicoanálisis", A.A Brill realizó toda una serie de constructos y prácticas que él creía se tenían que llevar a cabo para que el psicoanálisis funcionara como tal. Sin embargo le dio un giro de 180 grados a la teoría freudiana al pensar que la fisiología y la anatomía eran sus principales bases.

En 1911 se formaron dos sociedades analíticas bajo la influencia de Jones: la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York, dirigida por A.A. Brill, y la Sociedad Psicoanalítica Americana, dirigida por Adolf Meyer y James Jackson Putnam. Desde el principio, las sociedades estadounidenses fueron distintas de las europeas. Orientadas a la técnica y con escaso interés por la teoría psicoanalítica, ambas estaban compuestas exclusivamente por doctores en medicina; ambas exigían el título de licenciado en medicina como requisito para la admisión. (Zaretsky, 2012, p.128)

A finales del siglo XIX en Estados Unidos, a diferencia de Europa, el psicoanálisis llegó a posicionarse como uno de los métodos asociados al mesmerismo y a la homeopatía. De alguna forma para los estadounidenses, el psicoanálisis tenía que converger con los intereses sociales, por lo tanto no había una postura de desarrollo y aplicación del psicoanálisis dentro de un contexto clínico.

El movimiento psicoanalítico estadounidense se muestra tanto más hostil; desde los primeros tiempos de la penetración de las ideas freudianas. Neurólogos, psiquiatras y psicólogos no

comparten la opinión europea según la cual los fenómenos de la sexualidad pertenecen al ámbito del instinto o de la degeneración.

Conservan la idea de que toda terapéutica del alma debe formar parte del campo de la medicina. Masivamente pragmática, la visión estadounidense del psicoanálisis privilegia el *yo* en detrimento del inconsciente. En efecto, en los mismos fundamentos del saber psicológico (sin distinción de tendencias) y de las técnicas de curación que de él se desprenden, reside la idea de un primado de la conciencia sobre lo inconsciente. Asimismo mantenían cierto escepticismo con todo aquello que se apartase del conductismo.

“En las democracias conservadoras de la Inglaterra de posguerra y en Estados Unidos, el psicoanálisis desempeñó un papel muy diferente, contribuyendo a la medicalización de la psicoterapia” (Zaretsky, 2012, p.27).

Después de la Segunda Guerra Mundial, los angloamericanos toman una nueva posición respecto al psicoanálisis.

Zaretsky (2012) menciona:

La razón fue la debilidad de la autoridad tradicional en los Estados Unidos y la creencia generalizada en el poder de la mente individual para superar las dificultades <externas>. En ese contexto el psicoanálisis angloamericano se hizo muy popular. Como consecuencia de ello, se vio envuelto en un proceso que hacía hincapié en el poder personal, la autorregulación y el carisma individual. (p.119)

La hipótesis de los estados mentales inconscientes no era la dominante entre los psicólogos académicos, para quienes la mente y la consciencia eran conceptos de la misma raíz. Para ellos, la ciencia de la mente –la psicología- era la ciencia de la consciencia.

El profesor más importante de filosofía de Freud, Franz Brentano, rechazaba el inconsciente, y el psicólogo estadounidense William James concordaba con esta postura. James creía que la consciencia era un proceso cerebral, y pensaba que no éramos conscientes de los estados de nuestro cerebro. También creía, junto con otros psicólogos que era científicamente peligroso postular la existencia de un inconsciente. Porque el inconsciente, por definición, no puede ser examinado o inspeccionado, y puede convertirse en la base sobre la que erigir teorías inconsistentes “el inconsciente es el medio soberano para creer lo que uno quiera en psicología, y para convertir lo que podría llegar a ser una ciencia en un terreno dominado por el capricho” (James, 1994, p.113).

Muchos americanos no médicos se van a hacer análisis a Viena, en condiciones, a veces, dudosas. Vuelven a Estados Unidos al cabo de pocas semanas y practican análisis sin cursos, control o formación seria.

“Y en 1925 A.A Brill, presidente de la sociedad de Nueva York, escribe un artículo que desapruueba el análisis practicado por los que no son médicos y anuncia su intención de romper con Freud si este mantiene sus posiciones” (Roudinesco, 1988, p. 139). Así es como empieza el conflicto entre europeos y americanos que durará más de veinte años y que hoy en día continúa dividiendo a ciertas sociedades analíticas.

El psicoanálisis no sólo sufre descrédito por no ser una ciencia, sino que es además denigrado como saber judío. “La obra freudiana es, en parte, asfixiada por América e incendiada por los nazis” (Roudinesco, 1988, p.129). El estudio del psicoanálisis se encontraba fuera de toda rama científica y de todo interés tanto político como social. Subvierte el pensamiento mismo, pues introduce el campo del sujeto, entendido desde lo singular, descentrándose del proyecto moderno de la ciencia por cuanto este exige que lo existente quede inscrito en algún campo de objetos.

2. Capítulo 2: Desarrollo del psicoanálisis

Freud expuso su concepción del inconsciente en “lo inconsciente” donde exponía dos argumentos para postular la existencia de un ámbito mental inconsciente.

La primera prueba era el éxito terapéutico del psicoanálisis. Freud sostenía que una terapia funcionaba si se basaba en una teoría verdadera de la mente. Su segundo argumento se basaba en las cuestiones filosóficas de las otras mentes planteadas por Descartes. Y defendía que, igual que inferimos la existencia de una mente en las demás personas, deberíamos hacer lo mismo en lo que respecta a nuestra propia mente, en donde todas las acciones y manifestaciones que se perciben en uno mismo deben juzgarse como si pertenecieran a otra persona, como si hubiera otra mente dentro del yo, es decir, como una segunda consciencia. Esta otra consciencia posee características que nos resultan extrañas e increíbles, con lo cual se refería a procesos mentales inconscientes.

Freud pasó a distinguir varios significados del término “inconsciente”. Los psicólogos de la consciencia y Freud coincidían en el hecho de que no somos plenamente conscientes de las causas de nuestra conducta.

El desacuerdo empezaba con la concepción topográfica freudiana de un espacio mental inconsciente, en el que residen las ideas y los deseos cuando no están presentes en la consciencia. En la descripción de la mente que hacía Freud, todas las percepciones y pensamientos se registran primero en el inconsciente, donde se comprueba si son o no aceptables para la consciencia. Aquellos elementos que pasan esa censura pueden llegar a ser conscientes, mientras que lo que no pasan esta barrera, se quedan en el inconsciente. Por lo

tanto estos pueden ser muy intensos y están constantemente procurando manifestarse. No obstante, como son inaceptables, deben ser obligados a permanecer en el inconsciente. Este inconsciente dinámico es producido por la represión, que consiste en el acto de impedir activamente el acceso a la conciencia de los pensamientos intolerables.

“Si todos los grandes descubrimientos le infligen al hombre una humillación narcisística, las resistencias que, hacia ellos, se manifiestan, son testimonio de sus efectos de verdad” (Roudinesco, 1988, p.122). Por lo tanto se decía que Freud propinó el tercer golpe a la vanidad humana: el primero fue Copérnico cuando dijo que no éramos el centro del Universo, sino que girábamos en torno al Sol; el segundo fue Darwin al mencionar que venimos del mono; y el tercero Freud, cuando describe que el humano no es dueño de sí mismo, pues hay una parte de la mente que influye en nuestros sentimientos y emociones y por lo tanto en nuestras acciones.

Posteriormente Freud concibe al inconsciente como un conjunto de estructuras que interactuaban entre sí. Esta concepción fue ganando importancia hasta crear una nueva teoría, la cual exponía que la personalidad se componía de tres sistemas mentales diferentes. El primero era el Ello innato, irracional y orientado hacia la satisfacción (la antigua concepción del inconsciente). El segundo era el Yo aprendido, racional y orientado hacia la realidad (el consciente y el preconscious). El tercero era el Superyó moralista (la censura). El inconsciente adquiriría cierto dominio, ya no era considerado como una instancia psíquica y aislada, sino al contrario, dinámica y vinculada a la vida cotidiana del individuo.

La molestia del descubrimiento freudiano es que hace perder inocencia e induce renovadas resistencias, nos canta responsables ante un deseo excéntrico tramado en formaciones inconscientes, cuya irrupción quiebra la ilusión de un yo dominante.

Freud afirmaba que sólo el psicoanálisis podía ofrecer una auténtica cura para la neurosis porque sólo el psicoanálisis encontraba los deseos y pensamientos ocultos que concordaban con los síntomas.

Para Freud, el esfuerzo terapéutico oscila entre un poco de análisis del Ello y un poco de análisis del Yo: en un caso se quiere llevar a la conciencia algo del Ello, y en el otro, corregir el Yo. Sin esta visión, “no hay logro terapéutico” y las resistencias inconscientes se pueden transformar, con la transferencia, en resistencias a la curación o al mismo análisis. El analista no es más “normal” que su paciente y como compañero activo, está más sometido que él a los peligros del análisis. (Roudinesco, 1988, p.149)

Freud parte de la idea de que la transferencia es un caso particular de desplazamiento de afecto, en donde el analizado le hace representar inconscientemente al terapeuta el papel de una imagen paterna amada o temida. “Por este descubrimiento y teorización de la transferencia, el psicoanálisis se convierte en el primer y único método terapéutico que se sale de los fundamentos de la psicología” (Roudinesco, 1988, p. 150).

El psicoanálisis no podía ser una ciencia; Lacan lo describe más como un medio de interpretación. Pues si de subjetividad se trata, resultaba que la objetividad y buscar ser parte de la ciencia, era un afán que se perseguía en esa época para dar veracidad de ese

conocimiento; no obstante, el psicoanálisis se prestaba para una visión más hermenéutica que científica.

La relación de Jung y Freud se vio afectada por las diversas discrepancias en la teoría del inconsciente. Freud le acusaba de renunciar a la sexualidad infantil y de hacerla ver como algo indefinido. “Se sabe que esta sublimación de la problemática sexual le llevará a Jung a defender una libido desprovista de instintos fundada en la noción de complementariedad en los individuos de sexo opuesto” (Roudinesco, 1988, p. 88).

En 1902, Freud sugiere que el analista se someta a su propio psicoanálisis. Pues como él lo hizo con Fliess, se da cuenta que en la relación terapéutica, la intervención del analista podría estar sesgada por cuestiones propias, es decir, si el analista tomaba su propia terapia, habría más posibilidades de que lograra identificar su contratransferencia. De esta forma su escucha estaría más centrada en el paciente que en el terapeuta.

En 1902 Freud y sus discípulos crean la “sociedad de los miércoles”, en donde había un intercambio y una discusión teórica principalmente del psicoanálisis. No obstante Freud propone llevar a cabo una dinámica que permitiera que el psicoanálisis fuese una elección y no una imposición: disolver el grupo para volverlo a formar de inmediato, procedimiento que considera importante hacerlo cada tres años, con el objetivo de tener en cuenta al inconsciente y permitir libertad a sus integrantes, es decir de irse o quedarse en un nuevo círculo.

“Los vínculos que mantenían unido al grupo eran también la causa de sus conflictos” (Zaretsky, 2012, p.117). Pues indudablemente se generaban cierto tipo de transferencias – sobre todo hacia Freud- de tal forma que el grupo comenzaba a operar bajo cierta dinámica

que en algunas ocasiones podía resultar tanto positiva (principalmente al inicio) como negativa. “La rivalidad por los elogios y la aprobación de Freud era la causa principal de desavenencias dentro del movimiento” (Zaretsky, 2012, p.118).

“Este proceso describe el modo en que Freud pone de acuerdo una teoría del inconsciente con una política y una práctica del psicoanálisis; sólo el acto de testimonio de libertad, allí donde la palabra no lo puede dar” (Roudinesco, 1988, p.96). Así, en 1910 se crea la IPA (International Psychoanalytical Association), cuyo primer presidente es Freud, después Adler y posteriormente, Jung.

Roudinesco (1988) describe: “Cuanto más trata Freud de reforzar la cohesión, más condiciones de división crea. La creación de la IPA es síntoma de esta situación desordenada del movimiento psicoanalítico” (p.99).

Ya desde 1901 el mismo avance capitalista exigía al psicoanálisis abandonar los métodos “arcaicos” como lo eran la sugestión y la hipnosis. Entonces se impone un nuevo ideal terapéutico. “Este ideal “positivista” a través del cual el psicoanálisis intenta encarnizadamente situarse junto a la ciencia, forma parte del pensamiento científico mismo” (Roudinesco, 1988, p.104). Por lo tanto hay una reorganización en el campo del saber de la psicología y de la psiquiatría debido al abandono generalizado de la hipnosis.

No obstante Jung le reitera a Freud que sigue sin poner en primero lugar a la sexualidad (a pesar de que esta comenzó a ser muy hablada desde la fundación de la IPA). Asimismo, uno de los principales críticos de Freud (Alfred Adler) defendía que “el ego no estaba

obsesionado tanto por deseos sexuales cuanto por la ansiedad de ser desplazado por un rival o humillado por un supuesto igual” (Zaretsky, 2012, p.142)

El psicoanálisis era criticado, estudiado y asimilado desde distintas posiciones, lo cual no quiere decir que la de Freud fuese la mejor, sino que cada sujeto lo entiende de forma distinta, tan es así que incluso dentro de una misma corriente psicoanalítica pueden existir tantos psicoanálisis como la cantidad de personas que haya en ella.

“En tanto que Adler pretendía vincular el psicoanálisis a la democracia social, Jung quería relacionarlo con los mitos y los rituales, sobre todo con los grandes sistemas simbólicos que subyacían tras la religión organizada” (Zaretsky, 2012, p.150). Para Adler, la sexualidad no era importante. Él basaba su teoría en dos supuestos que fueron los pilares de su teoría: el sentimiento de inferioridad del hombre condicionado por la situación, y el esfuerzo del hombre por compensar este sentimiento de inferioridad mediante un afán de poder.

Desde 1906 Jung no comparte las ideas de Freud sobre la sexualidad infantil y defiende su método del test asociativo en donde describe que hay un poder inductor, una sugestión hipnótica, una comunicación telepática. “Cuando el conflicto con Adler llegaba a su fin, surgió de improviso el conflicto con Jung” (Zaretsky, 2012, p.150).

El conflicto entre Jung y Freud entre 1906 y 1913 se encuentra más allá del movimiento psicoanalítico.

Roudinesco (1988) afirma:

Tiene que ver con conceptos (el inconsciente y la sexualidad), y un método (el test asociativo contra la asociación libre); todo esto se organiza alrededor de un lazo transferencial, imposible de resolver, entre un maestro que defiende su doctrina y un discípulo que quiere fundar la suya. (p. 104)

Cuando las diferencias entre los dos hombres se intensificaron durante 1912, Freud y sus colegas las interpretaron del mismo modo en que habían interpretado el conflicto con Adler: los dos antagonistas de Freud ponían el énfasis en la diferencia de género como una manera de evitar la sexualidad infantil y el inconsciente “Ninguno de los dos comprendió la importancia de la redefinición freudiana de la bisexualidad, que estaba sacando a la luz la naturalidad de la vulnerabilidad masculina y, casi a continuación, de la agresividad femenina” (Zaretsky, 2012, p.153).

Este momento es decisivo en la historia del psicoanálisis en Francia; en los dos casos la diferencia estriba en la definición de la posición del psicoanálisis en relación con la psiquiatría y el rechazo o la aceptación de la teoría de la sexualidad. Asimismo el encuentro de la doctrina freudiana con la clasificación psiquiátrica es un punto medular dentro de la historia de la doctrina freudiana.

En efecto, la clínica freudiana no se da a la tarea de edificar una clasificación de las enfermedades mentales. Se ocupa del área de las psicosis a partir de una idea del aparato psíquico que reposa sobre el hecho inconsciente. Con los años, este aparato es descrito según tres instancias agrupadas en dos tópicos

sucesivas: en la primera, consciente preconscious e inconsciente; y en la segunda el yo, el ello y el superyó. Así se establece una distinción estructural. (Roudinesco, 1988, p.113)

El psicoanálisis se atreve a poder diferenciar al individuo del resto de la familia y la sociedad. Pues al trabajar con el inconsciente, trata con la singularidad del individuo, es decir, aquello que nos hace únicos. Asimismo abre un espacio para las personas que no se encontraban dentro de la heteronorma y para las mujeres después de la Segunda Revolución Industrial. “Aspiraban a unas relaciones cuya norma determinante no fuese la identidad ni la diferencia, sino la individualidad” (Zaretsky, 2012, p.73). De igual forma, Freud logra darle la vuelta al sistema sexo-género del siglo XIX. Pues sus investigaciones, como sus casos clínicos “demostraban que tener deseos <pasivos> y <sumisos> no convertían a un hombre en mujer” (Zaretsky, 2012, p.96).

Hasta cierto punto, la teoría freudiana abrió un cuestionamiento sobre lo que significaba ser hombre y lo que significaba ser mujer. Lo cual planteaba que cualquier sujeto podía salirse dentro de los parámetros de conducta que se esperaban de él mismo dentro de una sociedad. Es decir, la teoría psicoanalítica también fue un discurso de libertad.

Sentir esos deseos en relación a otro hombre tampoco convertían a un hombre en homosexual. En concreto, su trabajo implicaba que los <problemas> - histeria, pasividad, dependencia- que los victorianos habían atribuido a las mujeres, a la clase trabajadora, o a las personas <inferiores> o <incivilizadas> eran universales y, además no eran problemas en absoluto, sino más bien características eternas de la psicología humana (Zaretsky, 2012, p.96).

Entonces la identidad personal pasó a ser objeto de estudio y un proyecto para los individuos, ya que permitía la pregunta y el cuestionamiento de la posición del individuo frente a otros y frente a sí mismo, algo que antes se daba por hecho. Y por lo tanto se podría decir que no había conexión directa o necesaria entre nuestra condición social y nuestra subjetividad.

La modernidad estaba dando paso a nuevas formas de relacionarse. El psicoanálisis nace en este contexto donde la mujer estaba adquiriendo un lugar no sólo dentro de la producción industrial, sino aportando al desarrollo de teorías terapéuticas.

No era clara la posición que el psicoanálisis tenía después de la Segunda Revolución Industrial. Por una parte, frente a una sociedad que comenzaba a tener más demandas de tipo psicológico “el psicoanálisis, para poder entrar en este nuevo despliegue de disciplinas y profesiones, tenía que abandonar su característico interés por la autonomía personal y reorientar sus objetivos hacia el control social” (Zaretsky, 2012, p.103). Y por otra parte no era legítimo dentro de las investigaciones universitarias, pues al ser estrictamente positivistas, el psicoanálisis no cumplía con los preceptos de la ciencia de principios del siglo XX.

Con el propósito de dividir el conocimiento en hechos observables y cuantificables, y de establecer relaciones válidas entre ellos, la concepción positivista de la ciencia encontró dificultades para tratar muchos aspectos del estudio de la mente humana, tales como el papel de la motivación, el lenguaje y la experiencia. (Zaretsky, 2012, p. 103)

Sin embargo, en esta época, Freud se preocupa también por mantenerse apegado a los ideales científicistas y creía que él mismo era un positivista, pues pensaba que en la medida en que era “objetivo” en la práctica clínica, su trabajo era una ciencia. No obstante, “la psicología de base empírica, pero a la vez interpretativa y en ocasiones especulativa de Freud fue excluida en gran medida de la universidad y de la corriente dominante de la ciencia entonces” (Zaretsky, 2012, p.103).

El psicoanálisis marcó un parteaguas en la historia de la psicología. Sin embargo, es un tanto contradictorio que la teoría freudiana haya tenido muy poco peso dentro de la psicología académica.

Los psicólogos de la conciencia rechazaban la existencia del inconsciente, una hipótesis para Freud indispensable. Los conductistas negaban la existencia de la mente en su totalidad. Así, no nos sorprende que, aparte del reconocimiento ocasional de algunas intuiciones literarias de Freud relacionadas con las motivaciones humanas, la psicología académica haya pasado por alto o incluso rechazado el psicoanálisis. (Leahey, 2005, p.247)

El psicoanálisis estaba amenazado con ser absorbido por intereses sociales o por encontrar un equivalente con otras teorías. No obstante, por sus mismos contenidos, se diferenciaba de la psicología y de toda teoría del individuo de esa época.

2.1 Institucionalización del psicoanálisis

Comienzan a crearse diversos espacios para la práctica y la difusión del psicoanálisis. Su institucionalización comprende tres etapas principales.

Roudinesco (1988) menciona:

La primera (1902 a 1906) se lleva a cabo con la sociedad de los miércoles. De 1906 a 1912, hay una expansión de la doctrina freudiana en el extranjero, acompañada de una profesionalización de la práctica analítica. Durante este período, Jung funda la Sociedad Freud de Zurich (1907), Abraham la Sociedad de Berlín en 1908, Brill la Sociedad psicoanalítica de Nueva York y Jones la Sociedad psicoanalítica americana en 1911. En 1910, la IPA se convierte en el organismo dirigente de todas las sociedades que ya existen o que están por existir. (p.119)

En 1907 aparece otro personaje importante dentro del movimiento psicoanalítico: Max Eitingon. Judío nacido en Rusia, pionero del análisis didáctico, le hace una visita a Freud para hablarle sobre un caso que está tratando y termina su marcha didáctica en 1909.

Este peripatético de nacionalidades múltiples, es también el corredor de comercio del psicoanálisis, el Judío errante del movimiento. Hombre de organización, emprende en 1925 una modernización sin precedentes de la institución analítica. Fascinado por su maestro, no produce trabajos escritos, pero sirve de enlace entre las principales corrientes del psicoanálisis. (Roudinesco, 1988, p.136)

Asimismo, en 1910, viaja a Palestina para crear ahí una sociedad de psicoanálisis. El objetivo de Eitingon era darle homogeneidad a la formación de los analistas de los diferentes países representados.

“La partida de Eitingon a Palestina significa la muerte del psicoanálisis “judío y errante”. El acceso al mando de Jones en la IPA marca los comienzos del dominio absoluto de la línea americana sobre la europea” (Roudinesco, 1988, p. 143).

Ya en 1910 hay una entrada en vigor de los nuevos estatutos de la Asociación Psicoanalítica de Viena.

Perrés (2000) describe:

Año clave para la institucionalización del psicoanálisis, en el peor sentido del término: poco queda ya de la espontaneidad, de la riqueza creativa y de la libertad de pensamiento del Grupo de los miércoles. De la “horda primitiva” de “hermanos” en torno al “padre” Freud se ha pasado ahora a ser una institución formal, donde las reglamentaciones y el funcionamiento burocrático irán en ascenso, de modo cada vez más notorio. (p. 78)

En 1914, la teoría freudiana comienza a tener éxito en todo el mundo, su difusión se extiende a diversos lugares (en el mismo momento en que Jung abandona la presidencia de la IPA y disuelve la Sociedad Suiza). “Jones, por ejemplo, se encarga de la divulgación de las publicaciones psicoanalíticas en la tierra anglosajona” (Roudinesco, 1988, p. 123).

Sin embargo para ser miembro de la IPA, los candidatos tenían que tomar cursos completos, regulados por sociedades locales, sometidos a organismos internacionales. Los fines de la IPA eran proteger y desarrollar la estructura de la doctrina freudiana.

Después de la Primera Guerra Mundial la teoría y la técnica psicoanalítica se turba hasta en lo más recóndito. La transformación interviene en varios campos.

En primer lugar, la elaboración de pulsión de muerte liquida los restos del vitalismo aún existente en la organización anterior del psiquismo. Por otra parte, la creación de una nueva tónica centrada en torno al yo y el ello, rearticula el espacio del inconsciente. Y en 1923, el yo, instancia represiva, se inscribe en el proceso inconsciente y el término “Ello”, expresa la idea de una fuerza desconocida que actúa sin que el sujeto lo sepa. (Roudinesco, 1988, p.132)

Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, Freud desnuda el alma humana, describiéndola muy cercana a su verdad: con sus contradicciones, sus locuras, sus asesinatos. Pero al mismo tiempo consideran sus ideas muy pesimistas, las cuales no favorecían a los intereses del sistema.

La introducción de la pulsión de muerte remarca la importancia de una fuerza independientemente al principio del placer, que tiende hacia un estado inorgánico. “Si el <ello> inscribe al <yo> en el proceso inconsciente, es porque las pulsiones del yo pierden su autonomía. Pensar la categoría del yo por debajo de la del ello, equivale a decir que la pulsión de muerte define la esencia misma del proceso pulsional” (Roudinesco, 1988, p. 132).

Comienza a darse una lucha por afirmar el primado de lo inconsciente sobre la consciencia, del ello sobre el yo, de la pulsión de muerte sobre el ego, del deseo sobre la adaptación, es decir, del psicoanálisis sobre la psicología.

No obstante la corriente anglo-americana no defiende al análisis médico contra el profano, para afirmar la supremacía de la medicina sobre el psicoanálisis, sino porque encuentra en los ideales de la medicina medios para poner en obras una teoría del yo y de la adaptación, contraria a la evolución de la doctrina freudiana y a su reafirmación de la primacía del inconsciente. (Roudinesco, 1988, p.133)

El psicoanálisis se convierte en una teoría y práctica revolucionaria, donde se crea un espacio para que el individuo se plantee sobre el propio deseo (único e irrepetible), aspecto que le permitía diferenciarse de su comunidad. “Freud instó a sus seguidores a dejar atrás a sus familiares –las imágenes arcaicas de la primera infancia- no con la intención de predicar, sino para que desarrollasen relaciones más genuinas, esto es, más personales” (Zaretsky, 2012, p. 25).

Freud analiza a sus pacientes seis veces por semana; cada sesión dura 60 minutos. No obstante el mismo consideraba que su trabajo estaba más enfocado a una cuestión literaria, es decir, se dedicaba más a descubrir, escribir, y difundir sus ideas sobre la teoría inconsciente. Sin embargo no era así con su práctica clínica, él no estaba interesado en problemas terapéuticos y por lo mismo nunca pudo resolver el problema de la transferencia. “Freud enseña, transmite, produce un trabajo teórico inmenso, pero la cura no es ya el lugar de referencia” (Roudinesco, 1988, p. 135).

Sin embargo siempre hubo una distinción entre el análisis didáctico y el análisis terapéutico; es decir, por un lado estaba el saber teórico aprendido en los libros y por otro lado la experiencia que se adquiría en la práctica clínica.

Alrededor de 1921 todavía no se define bien la duración de las sesiones ni el tiempo de estas. “Freud comienza su reino manteniendo a sus discípulos seis semanas en el diván, sin precisar el número de días o sesiones. El análisis se hacía, a veces, durante paseos nocturnos” (Roudinesco, 1988, p. 138). Y prosigue con una nueva forma de llevar el análisis: seis meses, seis días y seis horas. Posteriormente el tiempo de la cura se prolonga de seis meses a seis años o más.

En 1922 se establece una policlínica en Berlín, esta consistía en responder a las necesidades de la sociedad y entonces consideraron que era una obligación hacerse cargo de una ayuda psicológica para el pueblo.

Roudinesco (1988) describe:

En 1922, y, en parte, gracias a la batalla sobre las neurosis de guerra, gana terreno el punto de vista psicoanalítico. En este ambiente se construye la policlínica de Berlín. Se realizan análisis con éxito y la remuneración reemplaza a la antigua benevolencia. Se forma un núcleo estable de colaboradores, reforzado con la presencia de Melanie Klein. En 1921 llega F. Alexander, un excelente técnico, que se ha formado en muy poco tiempo. De origen húngaro, se analiza con Sachs, y fundará en Chicago una corriente orientada hacia la psicósomática. (p.138)

Es en esta época cuando se producen las grandes discusiones sobre la formación de los analistas, la distinción entre análisis didáctico y terapéutico, la duración de las sesiones y la

terapia gratuita. En donde se esperaba que los analizados pagaran tanto o tan poco como pudiesen.

En 1926, la legislación no es la misma en todos los países: en aquellos en donde el poder médico está firmemente instalado, con su tradición autoritaria y jerarquizada, como son Francia y Austria, la ley es “preventiva”. Prohíbe tratar enfermos a los que no son médicos. Por el contrario, en Alemania, en América y en Suiza, países dominados por la ética protestante, cualquier paciente puede elegir el tratamiento que le guste, con cualquier curandero. (Roudinesco, 1988, p.140)

En 1925, Eitingon, Ferenczi, Jones y también Anna Freud se convierten en dirigentes de la IPA. Freud y Ferenczi comienzan a separarse por divergencias en la técnica analítica.

Ferenczi y Rank proponen nuevas técnicas para modificar las condiciones de la cura. Rank propone que el proceso de cura tiene que ser de duración corta (método que respondía perfectamente a las prisas de la vida americana) y pone más acento en la situación inmediata que en el pasado. Él nunca fue analizado y sus descubrimientos parecen, más bien, un intento de autoanálisis. “En cuanto a Ferenczi, sitúa su doctrina en la *técnica activa*. Fue analizado por Freud durante tres semanas, a razón de dos sesiones diarias” (Roudinesco, 1988, p.146). No obstante, en 1933, al estar en desacuerdo con Freud sobre la técnica, decide no dirigir la IPA y le deja el mando a Jones.

En 1919, Ferenczi, publica un artículo donde critica el abuso de la libre asociación. Según él, hay que estar tan atentos al contenido de las asociaciones

como al comportamiento de los pacientes. Insiste en la interacción entre la transferencia del paciente y la técnica del analista, que tiene que “dominar” su contratransferencia. Pues al dominarla, el analista impide que su paciente se reconozca en los sentimientos inconscientes de su terapeuta, obligándole a que analice los suyos. (Roudinesco, 1988, p.147)

El método de la técnica activa de Ferenczi consistía en lo siguiente: cuando el analista haya conseguido cierto dominio sobre su contratransferencia, le es posible llevar a cabo una práctica analítica más eficaz. Por lo tanto puede ir más allá del control de su contratransferencia e intervenir voluntariamente en la relación terapéutica, tratando de influir en la interacción, entre la transferencia del paciente y su propia transferencia así modificada. “Ferenczi lleva el activismo hasta permitirle que le abracen o le acaricien. Devuelve los gestos afectuosos si le parece necesario” (Roudinesco, 1988, p. 148).

Al poner énfasis en el afecto, el traumatismo arcaico, la independencia, la abreviación de la cura, la influencia, el dominio, la sugestión, la creatividad, la intervención, etc., Rank y Ferenczi se alejan de los principios que imperan en la IPA. Sus innovaciones van en el sentido de una *humanización extremista* de la cura. (Roudinesco, 1988, p.148)

Ferenczi intenta colaborar con Jung, que está convencido de que el ocultismo es una tierra prometida que está por conquistar. No obstante Freud se abstiene de seguirlos en ese camino. “Pero él, a su vez, después de la Gran Guerra, defiende la telepatía. Con Anna y Ferenczi “hace girar mesas”. Se dedica a experiencias de transmisión de pensamiento en las que hace de médium, analizando sus asociaciones” (Roudinesco, 1988, p.152).

Jones y Eitingon intentan alejarlo de ese conocimiento pues creían que el paso del psicoanálisis a la telepatía acrecentaría las resistencias del mundo anglosajón a la doctrina freudiana y la presentaría con aspectos de charlatanismo.

“En un capítulo de la Interpretación de los sueños, en donde aborda la significación de estos, habla sobre su aceptación de la telepatía” (Roudinesco, 1988, p. 152).

Alrededor de 1934, con Jones al mando de la IPA se liquida oficialmente el psicoanálisis en Berlín. “Todas las sociedades americanas se agrupan bajo la égida de una potente *Asociación psicoanalítica americana (APA)* de dirección colegial. Es el nuevo comienzo del trabajo de unificación operado por Jones y fuente de nuevos conflictos” (Roudinesco, 1988, p.144).

El psicoanálisis a la americana sueña con la posible desaparición de todas las enfermedades, mentales o corporales. La teoría de un yo fuerte o autónoma será la herramienta de esta política. “El querer librar al hombre de la muerte por un esfuerzo voluntarioso de la conciencia, lleva también a querer desembarazarle de sus fantasmas o de sus impulsos asesinos, manteniendo al psicoanálisis dentro de los ideales de la medicina” (Roudinesco, 1988, p. 144).

En 1936, Jones conoce al doctor M.H. Göring, primo del brazo derecho de Hitler, que ha sido nombrado presidente de la *Sociedad Médica Alemana de Psicoterapia*.

Roudinesco (1988) describe:

Su función es la de asignar a todas las formas de psicoterapia los ideales del nacional-socialismo. Al ser el psicoanálisis una “ciencia judía”, debe

desaparecer su vocabulario. Se prohíben los análisis didácticos, pero se permiten algunas conferencias. Göring se esfuerza por asistir a ellas, para verificar que no se utilice ningún término freudiano. Todos los conceptos del psicoanálisis han sido reemplazados por sinónimos sorprendentes y se predica una psicología “aria”. (p.144)

Freud siempre defendió la posición del psicoanálisis como ciencia independiente de la psiquiatría. No obstante, los americanos eran resistentes frente a esta postura, pues siempre brindaron primacía a la psiquiatría.

Asimismo señala la importancia de la duración de un psicoanálisis. Y en 1937 habla sobre la formación interminable, es decir, que el análisis de los analistas no se termina nunca, lo mismo que uno no se cura definitivamente.

2.2 Psicoanálisis infantil

Desde los primeros escritos de Freud se puede apreciar su interés por los aspectos de la vida de los niños: su sexualidad, sus fantasmas, cómo reconstruye su pasado, cómo se inicia su culpabilidad, su angustia y los conflictos que este le genera. En la “Interpretación de los sueños” propone que el sueño es la vía a través de la cual se expresa un deseo infantil inconsciente y posteriormente en “Tres ensayos sobre una teoría sexual” expresa la manera en cómo opera la sexualidad del niño y del adolescente. Es decir, el infante fue un aspecto transversal a lo largo de toda la creación de su teoría.

El psicoanálisis infantil también estuvo influido por una serie de personajes. En 1919 Freud, Ferenczi y Rank aparecen como extremistas de la no medicalización. No obstante otros

discípulos psiquiatras de Freud se apoderan del campo de la psiquiatría, mientras que a Anna Freud se le confiere el psicoanálisis infantil. Ella se convierte en la heredaria de la pedagógica de su padre.

El psicoanálisis de niños también comienza a ser planeado por Melanie Klein, cuyas tesis se imponen contra las de Anna Freud.

Melanie Klein nace en Viena en 1882. Se convierte en el personaje femenino más importante del freudismo. Ferenczi es su primer maestro y analista. “En 1920, Abraham la invita a Berlín, este, que será su segundo analista, le va a permitir que funde un nuevo método de psicoanálisis de niños, a través del juego, el dibujo, los recortes, el modelamiento, etc.” (Roudinesco, 1988, p. 141).

Ella reemplaza las asociaciones verbales del adulto por el juego de los niños encontrando que en el juego, el niño usa los mismos medios de expresión filogenéticamente arcaicos, el mismo lenguaje que en los sueños. Analiza todos los elementos del juego en conexión con los sentimientos de culpa. Y lo que el niño habla mientras juega, tiene el valor de asociaciones

Ya existían analistas que se habían preocupado por los problemas en la edad escolar, pero no se interesaban por los niños de muy temprana edad. Por lo tanto, Melanie Klein, junto con Abraham, abren el campo del estudio de la psicosis enfocado en etapas infantiles.

En 1925 Jones la invita a Londres a dar una serie de conferencias y le brindan un vasto material para seguir desarrollando su trabajo; comienza a reunir a un grupo de discípulos, y entonces nace la escuela kleniana, la cual representa el primer retorno teórico enfocado a cuestiones de tipo infantil desde una perspectiva freudiana.

Los planteamientos de Melanie Klein se apoyan en los mismos descubrimientos de Freud, en donde defiende que la existencia de un psiquismo precoz en el niño capaz de establecer relaciones de objeto y de mecanismos de defensa tales como la introyección y proyección.

Abraham, a comparación de otros, sí le da importancia al papel de la sexualidad y sobre todo la agresividad y localiza a la psicosis en estadios muy tempranos del desarrollo; por eso mismo se interesa en los trabajos de Melanie Klein. “Conquista para el psicoanálisis las tierras prometidas de la infancia y la psiquiatría. Impone, pues, los descubrimientos freudianos en los medios de la medicina alemana: sexualidad, organicismo, inconsciente” (Roudinesco, 1988, p. 141).

Jung y Adler se encuentran con el psicoanálisis pero después se separan de sus principios para vincular sus experiencias con las corrientes ya existentes de la psicología y la psiquiatría dinámica. No obstante, Melanie Klein no sigue esa trayectoria. No es alumna de Freud, sino alumna de sus dos discípulos. Ella retoma mucho de la teoría del inconsciente pero logra diferenciarse de esta para crear la suya. “La epopeya kleniana comienza en 1920 con un brillante descubrimiento de la teoría freudiana y se termina en 1945-60, con un fantástico dogmatismo” (Roudinesco, 1988, p. 142).

Anna Freud, no desarrolla una teoría tan única y atrayente como la de Melanie Klein. “Entonces Freud se ve en una contradicción: no puede desautorizar los trabajos de su hija, ni condenar los de Melanie Klein, que Jones defiende hábilmente” (Roudinesco, 1988, p. 142). Entonces Anna ya no ocupa el espacio de heredera legítima de una doctrina. En este proceso hay una gran confusión: el de la teoría y el lazo parental. Por lo tanto tuvo que entrar un tercero para poder darle al psicoanálisis de niños un lugar y fue Melanie Klein.

3. Capítulo 3: Psicoanálisis en México

Aunque se había venido gestando desde fines del siglo XIX, la profesionalización de la psiquiatría en México tuvo lugar finalmente hacia 1920, al integrar a los conocimientos médicos las aportaciones de la neurología y la psicología. Sin embargo, la perspectiva acerca de las enfermedades mentales que había dominado en el período decimonónico continuó siendo el referente para esta primera etapa de la práctica psiquiátrica, en la que se observa continuidad en el uso de criterios nosológicos. Es decir, a principios del siglo XX, los médicos mexicanos seguían aplicando el concepto de herencia tomado de la medicina francesa del siglo anterior.

Después de la guerra civil que desató el movimiento revolucionario y de sus catastróficas consecuencias, se presentó una vez más la urgente necesidad de reestructurar el país. En esta ocasión, para el sector representante de la burguesía que había derrocado al régimen oligárquico de Porfirio Díaz, afloró la necesidad de neutralizar el ímpetu de las masas campesinas e indígenas que habían jugado un papel clave en el proceso revolucionario. Entonces se volvió necesario llevar a cabo una “revolución antropológica” que diera paso al nacimiento de un hombre nuevo, ciudadano del futuro, mestizo y digno representante de la nación mexicana. (Reyna, 2010, p. 155)

En contraposición a la cuestión revolucionaria que proclamaba la realización de las ideas de justicia social, las acciones de los nuevos gobernantes darían continuidad al proyecto de modernización que había prevalecido durante el porfiriato; para ellos, se echó mano de la misma herramienta: la ciencia.

“Fue entonces que las teorías sobre la herencia y el regeneracionismo social sirvieron de preámbulo a otra corriente que prometía ayudar a “mejorar la raza”: la eugenesia. Delineada a partir de postulados que afirmaban la superioridad de las razas occidentales, esta corriente tuvo expresiones extremas en la Europa del siglo XX al vincularse con el fascismo”. (Reyna, 2010, p. 158)

En nuestro país, la eugenesia llegó a formularse en estos términos, pero marcó la tónica y el desarrollo de todas las disciplinas científicas al menos hasta la década de los sesenta. “Al considerar que la armonía y el progreso de la sociedad dependían de la homogeneidad racial, esta corriente hizo resurgir los prejuicios relacionados con la inferioridad de los indígenas, sifilicos, tuberculosos, alcohólicos, de los locos y de todo miembro de ese grupo de “degenerados” que se escapaban de la norma civilizada”. (Reyna, 2010, p. 159)

En adelante, las autoridades medicas consideraron necesario formular medidas que controlasen la reproducción de estos grupos. Junto con el poder político en turno, lo postulados eugénicos con pretensiones de cientificidad, se utilizaron para legitimar la homogeneización racial y cultural que enarboló el nuevo proyecto nacional.

Dicho lo anterior, podemos constatar que a principios del siglo XX no existía un contexto realmente propicio para la introducción del psicoanálisis en México. Los supuestos teóricos en que se basaban las observaciones científicas de la época generaron una tendencia a captar de forma inexacta los planteamientos de Freud. (Reyna, 2010, p. 163)

Así, positivismo e higiene mental fueron proyectos que se fueron entrecruzando en la línea temporal, para solapar medidas autoritarias con dejos de racismo, acordes a la conformación

de un nuevo estado nacional, que, en vez de suprimir las enormes desigualdades entre los diversos sectores de la población, se encargaba de enfatizarlas.

No obstante, los primeros planteamientos de Freud encontraron cabida entre el gremio psiquiátrico mexicano, aunque desde una perspectiva que cercenaba el corpus teórico que, desde que vio la luz pública en 1900, se convirtió en parteaguas de la historia de la psicología.

En México, como en otros países, la óptica de una enfermedad se limitaba al campo de lo objetivo y lo tangible. No se contemplaba la incidencia de los procesos inconscientes sobre el cuerpo. Poco a poco en los avances que la historia de la medicina ha tenido en su trayecto, los conceptos de órganos, células y funciones desde los puntos de vista estructurales y funcionales empezaron a resultar insuficientes para comprender al hombre en su totalidad.

No obstante, a lo largo de la historia de la medicina comenzaron a crearse diversos campos que le dieron un espacio al inconsciente, como la medicina psicosomática. La enfermedad era un órgano enfermo con alteración en sus funciones, pero también era algo más.

Aunque no imposible, resultaba difícil considerar a la mente como algo que influía sobre ciertas afecciones fisiológicas. Pues en una época donde la ciencia imperaba sobre todo conocimiento, lo subjetivo no formaba parte del panorama clínico. En la determinación de toda neurosis, y quizá de toda enfermedad, entran en juego diversos factores que se suman y complementan para dar como resultado una ecuación: la enfermedad.

La teoría freudiana –desde que llegó a México- ha sido confundida con otras corrientes psicológicas (como la de Adler y la de Jung). No obstante, aunque en un principio estos compartían las ideas de Freud, se fueron separando en la medida en que el contenido de sus

teorías comenzaba a diferir, sobre todo en conceptos tan fundamentales, como por ejemplo, la sexualidad infantil.

Hubo dos aspectos importantes que determinaron el lugar del psicoanálisis en México. Sosa, Ríos, Trejo y Valencia (2016) describen que el primero fue Erich Fromm, quien inició aquí un programa de formación de psicoanalistas anti-freudianos. Su punto de partida, una disparatada explicación de *La interpretación de los sueños* y de la personalidad de Freud. La segunda cuestión importante fue que la enseñanza tanto del psicoanálisis freudiano como lacaniano se hacía siempre desde la teoría y no en la práctica.

Por otro lado, pareciera que sólo aquellas teorías psicológicas que fueron más accesibles al entendimiento de su contenido pudieron abrirse camino en México como los textos de Adler y de Fromm. Siendo así, autores como Freud y Lacan difícilmente podrían ser contemplados dentro de un ejercicio clínico. Es decir, la llegada del psicoanálisis en México no significó la llegada de Freud (aunque en el imaginario colectivo mexicano muchas veces existe una asociación entre psicoanálisis-Freud). Sosa et al. (2016) mencionan que es preciso remarcar aquí el sesgo de incompreensión, en el mejor de los casos, y de abierta resistencia con el que fueron recibidos esos textos fundacionales. A la mojigatería aludida antes, que no conoce fronteras geográficas, se añadió el imperio de cierto positivismo dominante en los círculos especializados.

Así mismo suele haber confusiones sobre quien es el psicoanalista y el campo tan extendido pero limitado de su trabajo, ya que se piensa que puede ser doctor, psiquiatra, psicólogo, etc. Podemos suponer esta falta de especificidad como resultado del difícil tránsito que en nuestro país ha tenido el psicoanálisis por los circuitos culturales en turno (Sosa et al., 2016). Por lo

tanto, se podría decir que desde un inicio el psicoanálisis freudiano estuvo marginado: leído por pocos, malentendido por muchos.

Y, así como en otros países, en México, la teoría freudiana se intentó poner al servicio de una construcción de identidad nacional (al servicio de intereses sociales) y de una ideología conservadora que buscaba restringir las prácticas sexuales. Entonces comenzó a hacerse otro psicoanálisis, ya no freudiano y más adleriano y humanista que permitiera responder a las demandas comunitarias.

La recepción de Freud estuvo determinada por los filtros de otras corrientes psicológicas. Esto, junto con la visión positivista que imperaba a finales del siglo XIX originó que todo conocimiento o saber fuera funcional de acuerdo con los requerimientos políticos y económicos del país. Se ha dicho que la importación del positivismo en México no tiene su explicación en una mera curiosidad erudita y cultural, sino que consistió en un plan de alta política nacional” (Sosa et al., 2016).

Por ejemplo, siempre ha prevalecido una psicología implícita en la nuestra concepción del poder; esto es, de cómo se controla la conducta humana y se gobierna al hombre. En cada época, las normas, las leyes, las acciones están permeadas por un consenso general implícito que está relacionado con la idea que tenemos del hombre. “Cámbiese la idea que un hombre tiene de sí mismo y se habrá provocado una sacudida que se transmitirá a los cimientos de la sociedad en la que vive” (Miller, 2008, p. 122).

El lema positivista era “orden, progreso y libertad”. El orden y la libertad, para los positivistas, se basaba en el abandono del orden teológico, del orden metafísico para,

entonces, poder adquirir el orden positivo, es decir, el científico. La ciencia como fundadora de la verdad (Sosa et al., 2016). Cuando se buscaba el orden, se hacía en una educación basada en la uniformidad de consciencia, en una nula polémica y en una enseñanza unidireccional que no permitiera el cuestionamiento. Así la ciencia se convirtió en un saber no criticado. No obstante, aunque buscó diferenciarse de la religión, también la ciencia se convirtió en dogma.

Este programa educativo es asombroso pues los “grandes autores” eran “transmitidos” a los alumnos mediante los resúmenes que lectores calificados, es decir los maestros que pertenecían al programa impuesto desde el gobierno, elaboraban (Sosa et al., 2016).

Los logros científicos nos afectan de diversas formas. Por una parte, el conocimiento científico proporciona un fundamento para la solución de problemas prácticos que surgen en la vida cotidiana. En este sentido, la ciencia es algo que explotamos. Pero es más que un arte útil. Es un discurso que hemos digerido y de cierta forma altera la forma en la que comprendemos el mundo en el que vivimos. Los progresos científicos moldean nuestra visión de la realidad y nuestro conjunto de supuestos fundamentales –a menudo automáticos– acerca de la forma en que realmente marcha el mundo y acerca de lo que la gente realmente es.

En este sentido, “la psicología reclama su científicidad en función del logro técnico de haber cambiado “nuestra concepción de la naturaleza humana” (Braunstein, 1982, p.336).

Sin embargo, para finales del siglo XIX tampoco había muchas herramientas con las que se pudiera digerir, preguntar o criticar sobre aquello que se iba descubriendo. Si el psicoanálisis

hablaba de una sexualidad infantil y de un inconsciente que determina los actos y que no se puede controlar, podría resultar un tanto angustiante y sin sentido, porque también invitaba a preguntarse sobre sí mismo. Y entonces la ciencia vino a calmar la ambigüedad e incertidumbre ya que sus contenidos eran tangibles, concisos y con resultados conductuales.

La dominación de la cuestión sexual será un elemento fundamental de la educación positivista. Aquí Freud –el “pansexual”- tendrá un destino complicado en aquello que es de interés para la construcción de la identidad propuesta por las élites gobernantes, ya sea en sus funciones administrativas o culturales (Sosa et al., 2016).

Alrededor de 1920 el psicoanálisis también permitió hacer todo un cuestionamiento al lugar que la mujer tenía en la sociedad: un lugar limitado en torno a su sexualidad, en donde había una serie de preceptos moralinos cuya libertad de elección era negada. Por ejemplo, decidir tener un hijo o no.

Los psiquiatras mexicanos también encontraron apoyo en las teorías de Freud sobre la sexualidad desde una lógica que también podría considerarse, en cierto sentido, como “reformista sexual” (Sosa et al., 2016).

Sin embargo, también el freudomarxismo fue una corriente que llegó a México, a propósito de los movimientos de izquierda y las organizaciones estudiantiles que sucedían alrededor de los años sesenta (como lo fue el 68). Esta teoría, la cual ponía de relieve la opresión capitalista como una de las fuentes de neurosis, era una mezcla entre lo social y lo inconsciente, y que al final de cuentas funcionaba como una manera de explicarse lo que en esos momentos se vivía.

Cuando se comenzó a descubrir que en la mente criminal había ciertas características relacionadas con patologías que tenían su origen en aspectos inconscientes, el psicoanálisis empezó a dibujarse dentro de los juzgados, pues los psiquiatras funcionaban como peritos para determinar si el acto criminal de alguna forma se justificaba por fallas dentro de las funciones mentales.

Por lo tanto, los primeros lectores de psicoanálisis en México fueron abogados y médicos principalmente. Quienes posteriormente publicaban artículos en los que plasmaban algunos atisbos de la teoría freudiana. En ellos no se hablaba sobre conceptos básicos del psicoanálisis; sino que la interpretación de este estaba determinada por una óptica propia de su campo de conocimiento.

Ya no había una visión totalmente biológica de los padecimientos mentales. Comenzaban a generarse una perspectiva holística que contemplaba no sólo cuestiones orgánicas, sino también sociales y psicológicas, que en conjunto generaban un panorama de una persona que daba cuenta de lo subjetivo y singular del individuo.

Los primeros lectores de Freud fueron médicos que dirigieron instituciones y crearon otras diseñando las políticas de salud del país pero sin tener la intención de crear un campo freudiano (Sosa et al., 2016).

En un inicio, la teoría freudiana se leyó de forma descontextualizada y en general pocos tenían conocimiento de ella, es decir, no llegó a aterrizar como un saber concreto. Asimismo, se intentaba comparar o hacer ciertos símiles con conceptos de otras teorías como la de Alfred Adler, por quien se mostró una mayor preferencia. [...] mientras que Adler fue el

“psicoanalista” más citado en México, porque el sentimiento de inferioridad que su teoría amalgamaba con el organicismo resultó adecuada para explicar la esencia del mexicano [...] (Sosa et al., 2016).

En la medida en que los psiquiatras y médicos iban descubriendo en su quehacer clínico cuestiones que estaban más allá de lo anatómico, fisiológico y conductual, comenzaron a apoyarse sobre otras teorías y conocimientos para explicar y atender las enfermedades mentales de pacientes.

Así, el psicoanálisis como la antropología, psicología, pedagogía y filosofía, fueron bien recibidos por una generación de médicos que encontró en las ciencias sociales y en las humanidades nuevas herramientas para comprender diversos fenómenos sociales que incidían nocivamente en la salud mental (Sosa et al., 2016).

El psicoanálisis tuvo un auge alrededor de 1920 en el manicomio de la Castañeda. Si bien no se aplicaba como una práctica con los pacientes, sí había una discusión y todo un cuestionamiento de la teoría freudiana. No obstante, no había una formación ni un programa que diera cuenta de la enseñanza del psicoanálisis.

Sosa et al. (2016) menciona que si definimos al psicoanálisis como una práctica clínica sobre el inconsciente, no tenemos pruebas de que dicha práctica se haya establecido en México durante la primera mitad del siglo XX. No hubo presencia de analistas con una propuesta clara para la transmisión y formación, es decir, no hubo psicoanálisis.

3.1 Psicoanálisis en la UNAM

El Colegio de Psicología dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México comenzó a gestarse a partir de dos aspectos fundamentales: el primero estaba relacionado con la labor que los psicólogos de las pruebas psicométricas llevaban a cabo, pues su trabajo comenzaba a diferenciarse de otros servicios de orientación vocacional, ya que las pruebas de personalidad e inteligencia comenzaban a hacer muy específicas. Y segundo: si bien los orígenes de la psicología se ubicaban en la medicina y en la filosofía, se estaba separando de estas dos ramas debido a la metodología e investigación que se realizaba, más de corte experimental.

El psicoanálisis no se volvió parte de la cultura sino hasta la década de 1950, cuando Santiago Ramírez y Ramón Parres fundaron la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM), la primera organización del país que logró el reconocimiento de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API).

El interés en el psicoanálisis aumentó con la llegada de Erich Fromm a la UNAM también en 1950. “Sus cursos y publicaciones conjugaban un amplio espectro de intereses que incluían el psicoanálisis, el marxismo, el budismo e incluso la exégesis talmúdica” (Gallo, 2013, p.15).

En 1950 Fromm comienza a formar un grupo de psicoanalistas en la Facultad de Medicina, exactamente cuando los futuros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Mexicana estaban haciendo su formación en otros países.

Había dos vertientes psicoanalíticas dentro del Colegio de Psicología. La postura psicodinámica mostraba el crecimiento paralelo de dos grupos que con el paso de los años acabarían compitiendo políticamente por el acceso a las decisiones.

Uno representaba la escuela original del grupo de Santiago Ramírez denominada “ortodoxos” que habían traído a escuela desde Argentina o Europa y se alineaban principalmente con las propuestas de Freud. El otro, la tradición cultural también de corte psicodinámico derivado del trabajo de Erich Fromm. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 23)

En 1966 en la Universidad Nacional Autónoma de México los primeros coordinadores del Colegio de Psicología fueron psicoanalistas, entre ellos Santiago Ramírez. José Cueli fue su sucesor, quien además fungió como el primer director interino de la naciente Facultad. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 27)

En 1969 Santiago Ramírez renuncia a la coordinación del Colegio de Psicología, en medio de un ambiente político y social muy complicado, es una dependencia universitaria dividida entre psicoanalistas y experimentalistas y entre diversos grupos políticos de derecha y de izquierda. En ésta época toda gama de doctrinas e ideologías buscaban su hegemonía en el Colegio. Académicamente hablando los grupos más fuertes eran los psicoanalistas y, con mayor presencia paulatinamente, los conductistas. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 42)

Y para finales de los años sesenta, estos dos grupos ya estaban perfectamente consolidados dentro del Colegio de Psicología; no obstante, se fortalece muy rápidamente la tradición experimental a través de Luis Lara y Rogelio Díaz Guerrero.

Ellos son los primeros que promueven activamente la adopción de la metodología experimental. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 45)

La idea central consistía en mostrar cómo los hallazgos de investigación, al ser repetibles de manera independiente generan resultados acreditables científicamente como ocurre en cualquier ciencia natural. El conductismo no sólo ofrecía una “ciencia” sino también una identidad, la de “psicólogos”.

Todas las corrientes se movían a contracorriente del intento de posicionarse en el poder. Quizá un punto de convergencia en aquel entonces fue la intención unánime, más allá de las diferencias, de tener una Facultad, lo que permitió ceder o negociar en aspectos no fundamentales y dar paso al establecimiento del plan de estudios (Reidi y Echeveste, 2003, p. 52)

Los psicoanalistas a su vez, preocupados por, y reclusos en sus consultorios (incluso dictaban clases en los mismos), habían dejado los espacios libres. En 1973 cuando se funda la Facultad de Psicología como tal, gana el grupo experimental de manera muy clara. A partir de ese momento todos los directores son psicólogos que pertenecen en menor o mayor medida a esa corriente.

Los psicoanalistas tuvieron cada vez menos espacio para la praxis. Fue entonces cuando los agrupan en la maestría de Psicología Clínica. Y por lo tanto de ser la corriente predominante pasó a ser la menos valorada, “hasta el nombre perdieron por el camino: ahora comenzaron a llamarlos “psicodinámicos”. Los psicoanalistas

argentinos exiliados llegaron, con Marie Langer a la cabeza, y la maestría en Psicología Clínica toma un segundo aire. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 54)

Años después, dentro de la misma maestría y a pesar de la cerrazón de las autoridades se pone en marcha el Programa de Psicoanálisis e Interdisciplina, que permitió que tres generaciones se formaran y comenzaran a hacer prácticas supervisadas en instituciones públicas y universitarias. Y por razones de grilla institucional, el Programa terminó en 1999. El descontento no sólo era interno, sino también externo: algunos miembros de la APM hicieron llegar sus quejas a las autoridades por el uso “indebido” de la palabra “psicoanálisis” y la pretensión de formar psicoanalistas en un ámbito “no legitimado” para ello, y, por supuesto por ellos. (Reidi y Echeveste, 2003, p. 55).

Después de esta experiencia, el psicoanálisis queda silenciado durante bastantes años.

Fromm llegó a México antes de que la IPA lo expulsara de sus filas –en 1953- y durante la ausencia de los que habían ido a Buenos Aires, Nueva York y París para formarse como analistas. Cuando regresaron, Fromm ya había aceptado el ofrecimiento de comenzar aquí a formar analistas, aunque todavía no había fundado su institución. En un primer momento, a pesar de las diferencias insalvables que los separaban, los dos grupos intentaron integrar una sola sociedad psicoanalítica (Sosa et al., 2016).

No obstante, lo que sucedió después fue una ruptura entre estos dos grupos por cuestiones jerárquicas, en donde había un desacuerdo sobre qué grupo iba a liderar a qué grupo.

Cuando Fromm viene a dar sus conferencias deja entrever una constante necesidad de contrastar su definición de los sueños con la de Freud. Asimismo, utiliza ciertos elementos

en su discurso para persuadir y mostrar su teoría como una certeza, manifestando un total convencimiento sobre ella. Sin embargo, Fromm no se daba cuenta que tanto él como Freud hablaban desde lugares muy distintos. Es decir, los dos tocaron el tema de los sueños, por ejemplo, pero desde enfoques muy diferentes. Pero el delirio frommiano procede de la significación personal que los descubrimientos de Freud tuvieron para Fromm (Sosa et al., 2016).

Fromm insiste en basarse en Freud para contrastar su teoría, intentando hacer semejanzas entre las dos, Así, como resultado tenemos un análisis infundado y pobre (por parte de Fromm) que demuestra su necesidad por generalizar y universalizar la significación de los elementos de los sueños. Por lo tanto, su teoría se convierte en un saber impuesto, donde no hay un lugar para la singularidad del individuo. Fromm desnaturaliza, disfraz, amplía hechos reales plenos de una significación personal para él (Sosa et al., 2016).

Los discípulos de Fromm también recibieron sus conferencias de forma acrítica. De cierta manera también Fromm apareció como un hombre predicador que hablaba tan certeramente de aquello tan ambiguo como lo puede ser la subjetividad.

Erich Fromm, junto con algunos psicoanalistas formados por él, crearon la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis como instituto de formación psicoanalítica no afiliada a la API. La APM se sostenía en la Asociación Psicoanalítica Internacional y la SMP en la Universidad Nacional Autónoma de México (Sosa et al., 2016).

Fromm era un maestro carismático que tenía un gran número de seguidores, y sus discípulos formaron una nueva asociación, la Sociedad Psicoanalítica Mexicana (SPM), que se

presentaba como una alternativa a la ortodoxa APM. Así comenzó lo que pasaría a ser una lucha larguísima entre dos escuelas psicoanalíticas, la freudiana y la frommiana.

Cuando se inició la APM se buscaba una enseñanza y formación de la teoría freudiana. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones que la animaron, la APM nunca logró restituirle a Freud el lugar que Fromm le había quitado. Este último resultó inamovible durante los más de veinte años que residió en México (Sosa et al., 2016).

La Asociación Psicoanalítica Mexicana, entonces, tomó el lugar de la única institución en México que formaba psicoanalistas autorizados por la API.

En la década de los años sesenta y setenta, Erich Fromm, asentado ya en México y formando analistas de acuerdo con su particular interpretación del psicoanálisis, había desarrollado una teoría freudiana-culturalista y marxista-humanista en que manifestaba una alteración exacerbada de la obra freudiana (Sosa et al., 2016).

Lo que sucedió con Erich Fromm en México y en particular en la UNAM habla también de un contexto en donde la recepción del psicoanálisis no significó la recepción de Freud. “La historia canónica del psicoanálisis mexicano propone que los intelectuales mexicanos en contraste con sus colegas argentinos y brasileños mostraron poco interés en Freud durante los primeros años del siglo XX” (Gallo, 2013, p.14).

A pesar del delirio frommiano sobre el psicoanálisis de Freud, se reconoce que, en parte, gracias a él hubo un auge del psicoanálisis en algunas partes de México y en la UNAM. Un psicoanálisis que tal vez no fue el freudiano, pero si formuló uno distinto: el humanista. El

cual hoy en día continúa como una corriente que habla de la importancia que la cultura ejerce sobre el individuo y las capacidades de éste para hacer frente a las adversidades.

Varios de los alumnos de Fromm se encontraban inmersos en el paradigma de la higiene mental, por lo cual, parece difícil concebir que la visión hegemónica frente a las enfermedades mentales fuera transformada de la noche a la mañana en función de las nuevas interpretaciones que ofrecía el psicoanálisis de corte humanista, formulado por Fromm. Es decir, el psicoanálisis se presenta como un paradigma distinto, que cuestionaba el sustento teórico que atribuía a la herencia la causa primordial en el origen de los trastornos psíquicos. El psicoanálisis humanista significaba, por tanto, un cambio en la visión del mundo, una nueva forma de observar y entender los hechos humanos.

3.2 Lacan en México

Así como en Argentina, gran parte del saber psicoanalítico en México, se impartía en diversos grupos privados. Sin embargo, el psicoanálisis lacaniano – a veces, llamado así sin tener en cuenta a Lacan- que logró institucionalizarse llegó a México en la década de 1970, desde la ciudad de Córdoba (Sosa et al., 2016). En un inicio, hubo dos escuelas psicoanalíticas lacanianas en México: el CIEP inaugurada por cordobeses (y cuyo directivo fue Nestor Braunstein) y la ELP fundada por ex miembros de la Escuela Freudiana de París.

El 23 de mayo de 2014 (Gallo, 2013, p.23)., se contaban en la República Mexicana casi cuarenta instituciones dedicadas a la enseñanza del psicoanálisis, animadas en muchos casos por egresados del CIEP. Muchas de ellas ofrecen programas de maestrías y/o doctorados en teoría psicoanalítica. Independientemente de los términos de sus presentaciones, de sus

reconocimientos oficiales o de su carácter privado, del otorgamiento no de títulos de posgrado, estas instituciones son tomadas por sus alumnos como formadoras de psicoanalistas lacanianos (Sosa et al., 2016).

No obstante, en Argentina, a diferencia de México, el psicoanálisis llegó a formar parte importante de la cultura. Todavía no contamos con una explicación de este raro fenómeno argentino que ha incluido al psicoanálisis en la cultura general de sus habitantes (Sosa et al., 2016).

A pesar de la gran recepción de los diversos conocimientos de la cultura francesa en México, Lacan fue una excepción dentro de la llegada de estas enseñanzas; lo cual estaba relacionado con una incompreensión e inexperiencia de textos tan complejos como los de él. Sin embargo, esta complejidad demandaba todo un esfuerzo cognitivo por parte del lector y una invitación a leer otras obras vinculados con el psicoanálisis laciano; así como discutir sus escritos con otras personas. Es decir, es un saber que requiere de distintas herramientas para llegar a su comprensión.

3.3 Otros círculos psicoanalíticos

La teoría freudiana fue interpretada y aplicada de diversas maneras, esta fue una de las razones por la cual había rupturas dentro de los grupos psicoanalíticos. No obstante, muchas de ellas fueron para crear otras entidades cuya intervención estaba dirigida a cierto tipo de población, como los niños o el psicoanálisis de grupo.

Las sociedades psicoanalíticas dirigidas por Erich Fromm y Ramírez fueron diezmadas por conflictos internos: en la década de 1960 un grupo de miembros disidentes renunciaron a la

APM para formar nuevas organizaciones. Entre estas, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP), organización constituida casi exclusivamente por mujeres psicoanalistas. Otra de estas sociedades escindidas, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG), experimentó con el análisis de grupo (Sosa et al., 2016).

En la Ciudad de México, el Círculo Psicoanalítico Mexicano (fundado en 1974) comenzó – desde 2012- a generar un debate en torno a la historia de la misma institución. Encontrando que sus fundadores habían sido analizados por Caruso, un nazi que durante la Segunda Guerra Mundial había decidido la muerte de 800 niños con deficiencias físicas y mentales. Armando Suárez y Raúl Páramo, fundadores del Círculo Psicoanalítico Mexicano, habían sido formados y analizados en Viena por Igor A. Caruso (Sosa et al., 2016).

De manera que comenzó a generarse cierta polémica y todo un cuestionamiento sobre los orígenes del CPM. Así como en el significado de todo aquello y la forma en cómo operaba dentro del funcionamiento de dicha institución. No obstante, esta controversia no fue causa de algún tipo de disolución.

Aproximadamente desde 1974 y 1976 un grupo de psicoanalistas argentinos y uruguayos llegaron a México. En principio, fueron recibidos por el CPM: Marie Langer, Marcelo Pasternac, Juan Carlos Plá, Guillermo Greco, Nestor A Braunstein, Frida Saal, Ignacio Maldonado, Diego Gacía Reynoso, Gilberta Royer de García Reynoso, Armando Bauleo, Silvia Bleichmar y varios más (Sosa et al., 2016).

Dentro de este círculo se admitía gente de otras disciplinas como: filosofía, arquitectura, además de psicólogos; siempre y cuando hubiese un interés por la teoría psicoanalítica.

Para los que éramos estudiantes, así como para los ya licenciados no médicos y para quienes resultaba económicamente costoso formarse en la APM, el poder estudiar temas freudianos –después lacanianos- y sobre psicoanálisis de niños en seminarios por las noches, con costos accesibles y con la esperanza de que “esa era una manera de formarse” a decir de los psicoanalistas recién llegados, abrió una enorme expectativa en muchos de nosotros (Sosa et al., 2016).

En el año 1975, Braunstein, Pasternac, Saal y Benedito introducen el libro *Psicología: ideología y ciencia* en nuestro país, presentando una fuerte crítica a la psicología académica y posicionando al psicoanálisis y al inconsciente en su fundamento (Sosa et al., 2016). A partir de ese año este libro se convirtió en referencia histórica para el pensamiento crítico de la psicología y antecedente de la introducción del psicoanálisis en nuestro país.

La llegada del libro *Psicología: ideología y ciencia* a México tuvo un serio impacto en programas de formación para psicólogos. Desde los años ochenta, pasó rápidamente a ser un texto obligatorio en el programa de formación para psicólogos incorporados al sistema de la Universidad Nacional Autónoma de México dentro de la materia de primer semestre de “Introducción a la psicología” (Sosa et al., 2016).

El conocimiento en México está sujeto también a los intereses económicos y políticos de la época. “Lo primero que hay que producir son los sujetos ideológicos aptos para funcionar en ese modo de producción” (Braunstein, 1982, p.341). Es decir, si lo que importa es cuanto se

puede producir o la utilidad del ser humano en un sistema capitalista cada vez más avasallante, los contenidos académicos van a estar anclados a una teoría que responda esta demanda.

Braunstein (1982) describe:

Hay una imagen del hombre que todos compartimos y que guía nuestra conducta diaria. Esa imagen no es el resultado de una elaboración y decisión consciente: es algo que calladamente asumimos, es una psicología implícita que deriva de un consenso lato sobre la vida humana. (p.341)

La psicología académica tiene asignadas tareas técnicas e ideológicas que es necesario hacer pasar como científicas. De la misma forma la fuerza de trabajo está permeada de esta psicología implícita. “Para mantener esta estructura de explotación existe una instancia jurídico-política y la reproducción de tal tipo de relaciones entre explotadores y explotados se asegura en la instancia ideológica del modo de producción” (Braunstein, 1982, p. 342).

4. Propuesta

A partir del panorama anterior, se puede decir que el psicoanálisis ha estado determinado por los diversos contextos en lo que se desarrolla. Sin embargo, se busca entender hasta cierto punto las razones de su presencia o ausencia.

Por lo tanto, mi propuesta no pretende hacer una crítica a la psicología, sino procura que el psicoanálisis tenga un espacio dentro del currículum escolar de la Facultad de Psicología de la UNAM, como una materia optativa (que se imparta de quinto a octavo semestre), y con el propósito de ser una elección para las personas que la quieran tomar; teniendo como base la materia “Modelos en psicología Clínica”- la cual se imparte en 1er semestre- y en donde de manera general brindan una idea de los distintos enfoques dentro de la psicología clínica.

Cuando se habla del psicoanálisis como una elección dentro del currículum escolar, es una forma de hacer responsables a los estudiantes de su propia libertad de decisión y tal vez es ahí en donde empiece un psicoanálisis. Dicho lo anterior, se puede decir que mi propuesta va dirigida para aquellos a los que esta teoría haga sentido. Y “por hacer sentido” puede entenderse: interesar, probar, practicar, estudiar.

Es cierto cuando dicen que el psicoanálisis no es para todos –aunque tal vez se diga desde un lugar un tanto elitista- yo lo pondría desde una perspectiva más práctica: así como cualquier cosa puede no ser para todos (por las razones que sea).

Como base, se puede hablar de la creación de un espacio entre psicoanalistas y especialistas en educación (tal vez puedan ser psicólogos educativos de la misma facultad), con el fin de estructurar contenidos de la teoría freudiana en los últimos semestres de la carrera para que

los estudiantes puedan aprender de manera más significativa sobre psicoanálisis. También se puede desarrollar un servicio social o prácticas profesionales con base en este sustento teórico (aunque hay maestros que imparten desde esta perspectiva), se busca que sea un campo accesible para los alumnos, en donde ellos sepan desde un principio a qué programa entrar si es que están interesados en psicoanálisis.

En esta tesis me enfoqué en el psicoanálisis freudiano, porque creo que si se quiere incursionar en esta práctica es importante comenzar a leer los textos de Freud, pues además de que nos brinda un amplio paisaje sobre el nacimiento del psicoanálisis, logra sumergirnos en la metodología que él utilizaba para la verificación de su teoría y las distintas modificaciones en su práctica. A lo largo de todos sus textos hay una estrecha relación entre observación, tratamiento y teorización. La teoría no era una mera especulación, sino que estaba ligada a la observación y a la verificación en la práctica cotidiana, y que sin duda no era algo definitivamente terminado y conclusivo, sino que, hasta hoy en día, se encuentra abierta a interminables cambios.

Asimismo, Freud logra ilustrar aquello que en la vida cotidiana obviamos o damos por hecho, él juega con el significado de los actos, pensamientos, sueños y expone lo oculto detrás de lo manifiesto. Su metodología tenía una intención meramente genuina de brindar al lector el panorama más claro y detallado sobre lo que sucedía en la mente de sus pacientes. No obstante, Freud habla también de UNA teoría de la mente, es decir, se arriesga a englobar el contenido psíquico para intentar determinar cómo opera la subjetividad y se vale del lenguaje categórico para dar nombre a aquello que no existía (aquello que no está en el lenguaje no existe, ya que no puede ser representado). Esto condujo, hasta cierto punto, a una

generalización de los procesos mentales. Y entonces yo hablaría no de un psicoanálisis, hay muchos psicoanálisis y no me refiero a las distintas ramas que existen, sino al psicoanálisis de cada paciente: cada paciente es un psicoanálisis distinto.

Esto no quiere decir que las otras ramas del psicoanálisis tengan menos importancia. Incluso, hay muchas personas que estudian casi todos los tipos de psicología porque dicen que hay un paciente para cada teoría. No obstante yo diría que hay una escucha distinta para cada paciente (si estamos pensando en el sustento teórico donde el analizado pueda encontrarse, entonces muy probablemente lo estemos dejando de escuchar).

Como toda elección, cualquier psicoanálisis que se escoja, conlleva la responsabilidad con el otro. Y así como se puede tener la capacidad de analizar a ciertas personas, también se tiene que concluir la relación paciente-analista cuando se den circunstancias en las que el tratamiento no funcione.

¿Por qué es importante?

El psicoanálisis fue un parteaguas en la historia de la psicología; más allá de la polémica que generó –por sus conceptos tan revolucionarios y su forma de operar- abrió un campo enorme para el inconsciente, la palabra y la escucha. Un campo que habla del deseo y la singularidad. Este espacio que se genera permite un movimiento que en psicoanálisis es fundamental: la pregunta. La cual es esencial para el sujeto que quiera conocer quién es y hacia dónde va. Es, desde esta vía, una manera de hacernos responsables de nuestra historia personal, de nuestro entorno, y muy importante, del propio deseo. Siendo así, podríamos diferenciarnos de nuestra propia familia y construiríamos una historia distinta.

Se acusa al psicoanálisis de quedarse atrapado en el pasado. Sin embargo, en nuestra mente el pasado es un constante presente, es lo que somos y lo que estamos siendo. El pasado está vivo y encarnado en el sufrimiento. Pero las palabras que curan no pueden ser dichas al viento. Hablamos siempre para otro.

Y, si el psicoanálisis nos invita a repensarnos y cuestionarnos, esto significa que probablemente sea un camino lleno de sorpresas, a lo mejor no tan gratas, pero si necesarias para poder resignificar y descubrir la posibilidad de poder colocarse frente a la vida desde otro lugar, esperando que este sea siempre mejor.

Antes de las aportaciones de Freud, se pensaba que el hombre era totalmente libre para tomar decisiones. Ahora, con las aportaciones que ha hecho el psicoanálisis, se sabe que gran parte del comportamiento está determinado por el inconsciente. Por esto, por la compulsión a la repetición, entre otros factores, repetimos conflictos que se hayan reprimidos.

Lo singular (característica del inconsciente) viene a cuestionar el campo de la ciencia, sin embargo, esta última no lo toma como arista para construir un saber, sino que lo integra como excepción de lo constante. Lo singular, lo raro, lo no habitual no se entiende de por sí, y por eso queda inexplicable para la ciencia, dado que esta exige la comparación para poder entrar en el campo de lo explicable. Esto implica que de fondo prevalecería el discurso de la diferencia. En tanto singulares, somos diferentes. Es, desde éste lugar donde existe la posibilidad de acercarnos al otro en un acto de responsabilidad.

¿Se habla de psicoanálisis personal, teoría o práctica?

Me refiero a las tres. Este escrito hace alusión al psicoanálisis académico (teoría); sin embargo, creo que el estudio del psicoanálisis conduce al análisis personal. O, al menos, si se pretende ejercer la práctica analítica. Asimismo, los conceptos teóricos mediatizan la capacidad del analista para observar los hechos clínicos; en el transcurso del trabajo se pueden observar diversos estadios mentales en el paciente y diversas líneas asociativas en el material clínico. Las señalizaciones del analizante estarán determinadas –aparte de la escucha atenta- por sus mismos supuestos teóricos, la misma escuela psicoanalítica, seminarios, supervisiones, así como su forma de entender la patología del paciente.

Se puede decir que el análisis personal puede prescindir del estudio de la teoría freudiana y por lo tanto de la práctica. Por ejemplo, alguien puede ir a “analizarse” a sí mismo sin adentrarse en temas de psicoanálisis y sin ser psicoanalista. El estudio de la teoría también puede prescindir de análisis propio y de la práctica como psicoanalista. Pero el ser analista no puede desprenderse de los otros dos aspectos, esto es parte de la rigurosidad del trabajo de un psicoanalista.

Pero el psicoanálisis de la academia es, en parte, una invitación a pensarnos más allá de las neuronas y la conducta (aspectos que no niego y que siempre van a formar parte inevitable de nuestro ser). Porque los animales también tienen neuronas y presentan una conducta, pero la psicología y dentro de esta el psicoanálisis tiene a su alcance trabajar con aquello que nos hace distintos del resto de los seres vivos: la subjetividad, la palabra, la escucha del otro, el deseo.

Mi propuesta habla sobre el psicoanálisis como una opción más de las que ya existen – neurofisiología, conductual, social- para estudiar al sujeto. Es decir, mi intención no es crear

un pensamiento dogmático del psicoanálisis, ni mucho menos desvalorizar los distintos enfoques que se imparten en la Facultad de Psicología.

Los alcances que ha tenido el psicoanálisis en la facultad -aún sin ser una materia insertada en el currículum académico- van desde la teoría hasta la práctica. Y creo que aquí hablo desde mi lugar, un lugar singular, en el que puedo decir que la teoría freudiana da cuenta de que es importante no quedarse sólo a un nivel conductual o neurofisiológico. Es decir, logra nombrar al inconsciente, que es un factor que opera sobre nuestra cotidianidad. Dicho esto, quiero resaltar que tiene los alcances que cualquier otra rama de la psicología puede tener: el de poder brindarle al alumno herramientas para trabajar con pacientes desde éste enfoque.

Mi propuesta busca que el psicoanálisis tenga un lugar como materia y que sea reconocido como una alternativa más para estudiar al sujeto. En consecuencia, habría que hablar del sujeto fuera del campo de la lógica matemática, de las ciencias cognitivas, la neurología o la biología, donde el sujeto cobra valor como individuo dentro de una especie, como unidad en el cálculo matemático. Y entonces, empezar a verlo como efecto del discurso, del vínculo social, y más aún a partir de la responsabilidad frente a su acto en su singularidad donde estaría incluido el inconsciente. Porque es ahí donde hay una posibilidad plena de encontrar el propio lugar en el mundo.

5. Conclusión

El lugar del psicoanálisis también ha estado determinado por una cultura en donde la medicalización juega un papel muy importante dentro de los padecimientos mentales.

El progreso de las investigaciones en neurofisiología y psicofarmacología ha dado lugar a la aparición de nuevos y cada vez más potentes psicofármacos, remedios paliativos para el sufrimiento mental. Asimismo, tenemos tanto miedo a este último que el hecho de clasificar -como lo hace el DSM y sus derivaciones- nos hace creer que es conocido, cuando al contrario, delimita mucho el campo de aquello que queremos conocer.

La potencia de la industria farmacéutica ha encontrado una forma persuadir a la sociedad de que el proceso enfermedad-cura se puede acortar a través de la ingesta de algo externo (pastilla/píldora), que puede aliviar de manera casi inmediata algún padecimiento. Y no es que sea un fenómeno injustificado, al contrario, los seres humanos estamos adaptados de tal manera que buscamos curar cualquier dolor, ya sea físico, mental o emocional.

El problema estriba en la incapacidad que tenemos para escuchar el propio dolor; es decir, preguntarnos que hay detrás de él. Y entonces tal vez nos podríamos plantear la posibilidad de una educación en la que el dolor también tiene que ser escuchado para ser curado. En donde sentirse triste, deprimido, es parte de un ser humano que está vivo.

El pensamiento freudiano y con él también el psicoanálisis se arriesga a ser considerado el nuevo “enemigo del pueblo” porque plantea la necesidad de pensar en que hay algo más allá del principio de placer como: la existencia del dolor y sufrimiento psíquico, la destructividad y la realidad de la muerte como destino humano. Freud y el psicoanálisis pueden ser sentidos

por algunos como una amenaza desagradable e inquietante por las cuestiones que pone sobre el tapete de la existencia humana.

La necesidad de nuevas explicaciones para tantos fenómenos observables de la psique humana, da una idea de lo vasto que es el campo mental y lo limitado de nuestros medios. Por ellos se ha producido en las últimas décadas un resurgir de modelos metapsicológicos diferentes que han ocasionado discrepancias en los enfoques técnicos de trabajo clínico.

El psicoanálisis es considerado por muchos como una ciencia, para otros, un método interpretativo. Ambas, estrechamente vinculadas tanto a la persona como a los descubrimientos del propio Freud. Sin embargo hubo muchos cambios realizados con grandes dificultades que inicialmente acabaron en escisiones. Hoy en día se podría hablar de una constante transformación del psicoanálisis a lo largo de la historia, tanto en su teoría como en su práctica.

Freud abre un camino en el cual la locura no es censurada, al contrario, él brinda una escucha a ese lenguaje que quedaba excluido en la sociedad y busca encontrar sus causas, para eventualmente ayudar a sus pacientes. Es, en esta búsqueda, donde él logra desarrollar toda su teoría.

Implementar el psicoanálisis en una de las universidades más reconocidas del país, puede ir generando una cultura en México que hable del inconsciente y brinde un espacio a la subjetividad. Tal vez sólo desde la apertura que permite el psicoanálisis podamos ser más responsables de nuestra propia libertad como sociedad. Y entonces a lo mejor podamos hablar de un México mejor. Justo de un México que hable.

Así como la conducta habla del sujeto y las neuronas de su funcionamiento, así los sueños, los lapsus y todo aquello que pareciera un sinsentido determina nuestra estructura subjetiva y nuestro lugar en el mundo. Y estaríamos pagando un precio muy alto si no prestamos atención a estos aspectos de nuestra vida mental tan importantes, ya que contienen un saber que busca hacerse entender a través de vías que generalmente ignoramos.

Sin embargo, aquel que busque respuestas en una teoría, en el terapeuta o en algo externo está condenado a no ver su propio deseo, su propia singularidad. Lo cual no quiere decir que podamos prescindir, de un contexto, una cultura, conocimientos, teorías. Al contrario, son aspectos necesarios para preguntarnos, elegir y hacernos responsables.

Hoy en día hay todo un debate sobre el lugar que ocupa el psicoanálisis en el mundo; es decir, las distintas interpretaciones que ha tenido. El psicoanálisis es lo que cada quien quiere que sea. Puede ser una filosofía, un método, una técnica, incluso una mentira. O puede ser todas estas. No importa lo que diga el psicoanálisis, sino lo que nosotros hagamos de él.

El psicoanálisis problematiza toda religión, ciencia y filosofía. Es crítico a nivel social e individual. Cuestiona todo lo que damos por hecho y nos abre un camino de libertad a través de la responsabilidad, el cual puede ser tremendamente doloroso –o no- pero permite brindarle al sujeto un lugar en el mundo, simplemente para que tenga una mejor vida. Es por esto que se vuelve tan importante no sólo dentro del currículum académico, sino como parte de una cultura que pueda ser capaz de preguntarse.

También es un espacio para la palabra, la palabra libre y el sin sentido. Y tal vez, una forma de encontrar un lugar en este mundo es a través de la apropiación de las palabras, en el que

uno mismo se pueda construir a través de ellas. Porque el habla abre un espacio para que el sujeto se escuche y la palabra, al ser un acto, cobra sentido y le brinda al hablante una identidad, ya que nace en sociedad para construir su individualidad a través de la pertenencia y la diferenciación. Esta última es un acto profundamente creativo, el cual permite que vivamos una historia distinta a la que vivieron nuestros familiares. Porque cuando uno logra nombrar aquello que uno ya vivió en su historia, hay una posibilidad de posicionarse desde otro lugar para hacer una vida propia.

No se deja de insistir en la importancia que juega la palabra no sólo en el psicoanálisis sino en nosotros. A pesar de que la ciencia ha jugado un papel muy importante a lo largo de la historia de la humanidad, se ha logrado dar un lugar a la subjetividad, que al final es un aspecto inherente a la existencia. Así como el lenguaje nos antecede y nos precede. Estamos sujetos a él para hablar de nosotros mismos y del otro para sobrevivir,

En esta tesis decidí hacer un breve viaje a la historia del psicoanálisis para poder entender el lugar que ocupa. Este lugar –muy apartado, otros tanto elitista y un poco abstracto- ha estado determinado por diversos personajes y contextos y que afortunada o desgraciadamente han establecido las formas en la que es percibido, abordado, practicado, criticado.

Hoy en día, dentro de la globalización que estamos viviendo en distintas sociedades, hay tanta información que las cosas pierden sentido. La tecnología no permite ausencia dentro de nuestras búsquedas porque al presionar un botón tenemos siempre una respuesta. Entonces si la falta posibilita el deseo y por lo tanto el movimiento (no se puede formar un deseo si no se conoce la ausencia), estamos viviendo en la generación del **NO DESEO**. Y muy

probablemente de la **NO PREGUNTA** también (y aquello que no nos preguntemos, puede convertirse en acto).

Sólo estamos conociendo los distintos síntomas a través de los cuáles se manifiestan los diversos problemas que no nombramos y buscamos acallarlos con alguna pastilla o paliativo que tenga un efecto sobre las neuronas. Estamos en la inmediatez de la cura, donde no hay paciencia ni siquiera para la duración de una terapia.

Hoy en día la capacidad de espera y tolerancia es baja debido a una dinámica de rápido y fácil consumo. Las nuevas tecnologías estimulan el “no esperar”. Asimismo hay un predominio de lo efectivo sobre lo afectivo, en donde las terapias priorizan la utilidad y adaptabilidad del paciente en un mundo que está en constante transformación, pero dejan de lado todo un cuestionamiento de la misma persona.

Nos inclinamos por escoger terapias en donde otro nos diga exactamente que hacer, para terminar más rápido un proceso. Sin saber que eso conduce al eterno desconocimiento del propio ser y a la omisión de su deseo, tan único e irrepetible. Se busca un saber impuesto por parte del terapeuta para no trabajar aquello que no se quiere saber pero que es esencial para saber quiénes somos.

Muchas veces no buscamos una respuesta, sino una pregunta que tenga una amplitud en la que el sujeto pueda escucharse a sí mismo y por lo tanto el deseo tenga un lugar. O un silencio que a veces habla más que la palabra y que es tan necesario que se vuelve uno de los movimientos fundamentales dentro del psicoanálisis. Pero para que el silencio exista tiene que haber una escucha que lo pueda significar.

Esta tesis tiene un lugar en aquel que la lea. Un texto cobra sentido no sólo cuando es escrito sino también cuando es leído. Por lo tanto, se convierte en un espacio que cuenta desde un lugar singular algo, esperando que este lugar sea compartido por aquellos cuyo sentir sea parecido.

Referencias bibliográficas

- Braunstein, N. A., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F. (1982). *Psicología: ideología y ciencia*. México: Siglo XXI editores.
- Freud, S. (1976). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1976). *La interpretación de los sueños*. Primera parte. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1976). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Gallo, R. (2013). *Freud en México. Historia de un delirio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gay, P. (2010). *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Barcelona, España: Paidós.
- James, W. (1994). *Principios de psicología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Leahey, T. (2000). *Historia de la psicología*. Madrid, España: Prentice-Hall.
- Mandolini, G. (1969). *Historia general del psicoanálisis: de Freud a Fromm*. Buenos Aires, Argentina: Ciordia.
- Miller, G. A. (2008). *Introducción a la psicología*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Perrés, J. (2000). *La institucionalización del psicoanálisis, Vol.1: primer abordaje*. México: El Círculo Psicoanalítico Mexicano.

Reidi, L. M., Echeveste, M. (2003). *30 años a la vanguardia*. México: Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Reyna, M. E. (2010). *Erich Fromm en México. El psicoanálisis humanista y sus aportaciones a la cultura mexicana, 1949-1973* (Tesis de licenciatura). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia.

Roudinesco, E. (1988). *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. 1*. España: Fundamentos.

Sosa, M., Ríos, A., Trejo, G., Valencia, A. (2016). *Freud y Lacan en México. El revés de una recepción*. México: Emergente.

Zaretsky, E. (2012). *Secretos del alma: historia social y cultural del psicoanálisis*. Madrid, España: Siglo XXI.